

Évora. Nido de cuentos ilustrados

Ilustrador

Alí Fernando Briones Rojas

Cuentistas

Carmen Monroy, Fernando A. Turrent Mata,
Laura Flores Gómez, José María Sánchez Hernández,
Alina Silva, Jorge Rodríguez

Editora

Tishbe Durand Ramírez



Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Dirección General de Publicaciones

2024

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
Rectora: María Lilia Cedillo Ramírez | Secretario General: José
Manuel Alonso Orozco | Vicerrector de Extensión y Difusión de la
Cultura: José Carlos Bernal Suárez | Director General de
Publicaciones: Luis Antonio Lucio Venegas

Primera edición: 2024
ISBN: 978-607-2637-98-6
DR © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
4 Sur 104, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000
Teléfono: 222 229 55 00 | www.buap.mx

Dirección General de Publicaciones
2 Norte 1404, Centro Histórico, Puebla, Pue., CP 72000
Teléfono: 222 246 85 59
libros.dgp@correo.buap.mx | www.publicaciones.buap.mx

Diseño de portada: Alí Fernando Briones Rojas
Ilustraciones: Alí Fernando Briones Rojas
Diseño editorial: Tishbe Durand Ramírez

Derechos reservados de todos los autores.
Se prohíbe la reproducción parcial o total en cualquier medio sin el
consentimiento explícito de la editorial.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Índice

Prólogo.....	7
Tishbe Durand Ramírez	
Taraji	11
Carmen Monroy	
Humo y silencio.....	23
Fernando A. Turrent Mata	
Respira.....	37
Laura Flores Gómez	
Sodade	53
José María Sánchez Hernández	
Ojalá	65
Alina Silva	
Café Atlántico.....	111
Jorge Rodríguez	

Prólogo

Évora. Nido de cuentos ilustrados es la continuación enunciativa de una voz que ha atravesado descalza, océanos, desiertos y tiempos para contar aquello que, a su paso, le va susurrando el piso. Es una historia que no encuentra su fin. Este libro es el intento por comprender un mundo que nos resulta ajeno, o que quizá no lo es tanto porque el mundo tal y como lo conocemos antecede a los diálogos que nos han dado otros.

Este libro nos recuerda que podemos darle sentido a aquello que nos rodea, incluso siguiéndole la pista a una canción como “Ave Cesaria”, de Stromae, y mientras bailamos, podemos preguntarnos quién es esa mujer con aroma a ron en su voz, a dónde nos lleva el camino que nos muestra, qué es sodade y, sobre todo por qué Stromae le canta a Cesária Évora.

Seguirle la pista a la canción nos llevó lejos. Primero a Cabo Verde, para luego acercarnos a la migración, a los genocidios y la persecución. Nos trajo a lo secreto. En este punto se hizo necesario buscar “Sodade”, investigar quién había sido Cesária Évora, ver más allá del dibujo que nos había dado Stromae con su canción. Este camino nos sirvió como detonador creativo, porque a partir de ambas canciones nosotros también creamos.

Évora. Nido de cuentos ilustrados es un proyecto colectivo que parte de un proceso experimental donde se buscó establecer una relación creativa y dialógica entre la música, la ilustración, la literatura y el diseño editorial. Es un libro que se va construyendo a sí mismo a partir de los elementos que lo componen. El proyecto está dividido en dos fases: durante la primera, el ilustrador interpretó de manera gráfica las sensaciones musicales que le provocó escuchar la canción “Sodade” de Cesária Évora haciendo caso omiso a toda referencia verbal, puesto que sólo se concentró en la música. A partir de su experiencia estética auditiva elaboró tres ilustraciones. Estas fueron entregadas a un grupo de escritoras, para que, a través de la observación, las emociones transmitidas por el trabajo gráfico y la experiencia musical desarrollaran cuentos. Durante la segunda fase, un grupo, ahora integrado por escritores, escucharon “Ave Cesária”, de Stromae. En esta canción se tuvo la oportunidad de usar como detonador creativo no solo la música sino también la letra para interiorizarla y escribir un cuento, el cual sirvió como referente para ser ilustrado, transitando por la relación imagen–texto y texto–imagen.

El arte como fenómeno del lenguaje no se limita a ser comprendido o a hablarle a un solo sujeto encapsulando el mensaje en una época definida, sino que continúa su viaje siendo interpretado de diversas maneras bajo situaciones contextuales diferentes permitiéndole un tránsito sin presente, continuo y abierto para seguir vagando.

Tishbe Durand Ramírez

*Vivo en un mundo poblado de palabras ajenas.
Y toda mi vida, entonces, no es sino la orientación
en el mundo de las palabras ajenas.*
Mijail Bajtín



Handwritten signature or mark in the bottom left corner, possibly reading "P m P".

Taraji

Carmen Monroy

Si bô ´squecê me ´m ta ´squecê
Até dia qui bô volta
Sodade, Cesária Évora.

Miré el atardecer desde el muelle. Aquella línea separando el rojizo del cielo con el azul del mar me hacía sentir que tenía dos vidas, un antes y un después de llegar aquí. Quizás eso mismo sentirían las niñas que vienen en camino. Me senté en la arena tibia, sólo quedaba esperar. Tenía junto a mí la canasta con lo necesario para recibir a las viajeras: unas mantas, botellas de agua y comida. Espero no haber olvidado nada.

Recordé el abrazo cálido de mi madre mirando al horizonte, el lugar donde el mar se une con el cielo, decía ella, más allá tenían que llegar. Tendría unos ocho años. En la orilla de la playa sus brazos me arropaban con dulzura, el dedo índice señalaba la línea de aquel horizonte imposible de alcanzar. El abrazo de mi madre. Era lo único que podía recordar de mi vida antes de llegar a Málaga. Lo demás era difuso, la sonrisa de una mujer mayor, tal vez mi abuela, el llanto de un bebé, quizás un hermano menor, los cánticos alrededor de una hoguera alta, un joven con perforaciones en la cara y una sensación de sentirme perseguida, insegura. Por muchos años quise recordar más, mi memoria lo impedía. Eso no importaba en ese momento, lo vital era llevar a las niñas al refugio, era la primera tarea importante que

me encomendó Rebeca, quien me había recibido en esa misma playa hacía ya diez años. La mujer que me había acompañado desde que llegué al refugio, me enseñó a hablar español, las costumbres, la primera que me explicó por qué estaba ahí, por qué tenía que alejarme de mi vida anterior, de mi madre.

I

Una noche, cuando el silencio se hizo presente en la aldea, la despertó. Un toque ligero en su hombro. El dedo índice en sus labios. No hagas ruido, le dijo en un susurro. La niña se vistió a tientas, tratando de no despertar a su hermano que dormía en la hamaca. Siguió a su madre hacia la puerta de la choza. No entendía por qué debían irse sin decirle a nadie, de noche, con una pequeña bolsa de cuero, acompañada de un grupo de mujeres y niñas como ella. Caminaron con sumo cuidado evitando hacer el menor ruido posible. Entre los árboles, en medio de la oscuridad, cobijadas por la luz de la luna llena y el sonido de los animales nocturnos sentía la inseguridad en sus pasos, la angustia en su madre y la entereza de aquella mujer que lideraba el grupo. Una mujer que no conocía, una extranjera vestida con pantalones y chamarra de cargo.

Pasaron el pozo, la escuela, las casas de la tribu vecina, el refugio de los turistas y llegaron a una carretera. No recordaba haber llegado tan lejos sin la compañía de los hombres de su tribu.

Avanzaron por la orilla del camino de asfalto. En cuanto vieron las luces de un auto que se acercaba las mujeres corrieron a esconderse entre los árboles y las niñas las siguieron. ¿Por qué nos escondemos?, preguntó la niña a su madre. No hubo respuesta. Ella estaba acostumbrada a sus silencios, muchas veces las preguntas se perdían en el aire, esta vez no fue la excepción. Su madre le tapó la boca y la apretó contra su cuerpo. Sudaba. Vieron las luces pasar. Cuando el sonido del motor se fue alejando su madre le quitó la mano de la boca y la tomó de la mano. El grupo siguió caminando.

II

La oscuridad se hizo presente en un segundo, el viento se llevó la brisa cálida y comencé a sentir el frío en mis brazos, me puse un suéter largo. Las olas del mar entraron en calma. Tenía que esperar un poco más antes de prender el candil, ser muy cuidadosa y no llamar la atención de los guardias que pasaban revisando la playa. Era la primera vez que recibía a un grupo de niñas, había acompañado a Rebeca una sola ocasión en la que recibimos a cinco, las únicas que pudieron sacar Ébele y Lucrecia, me dijo. Era una tarea casi imposible, ellas lo hacían parecer sencillo, conseguir que las mujeres entregaran a sus hijas a un destino incierto no era fácil. Esta vez me habían dicho que llegaban cuatro. Rebeca me había contado que para Ébele y Lucrecia fue una tarea casi titánica. Hacía casi dos años que

no habían podido convencer a ninguna de las mujeres de la tribu, valía la pena, cambiar la vida de al menos una niña, evitarle el sufrimiento de la mutilación. Las que viven esto dejaron de ser mujeres luminosas para convertirse en esclavas. A nosotras nos toca darles una oportunidad de vivir sin dolor, no sólo físico sino también el dolor en el alma, dijo Rebeca y me entregó la canasta.

III

Eran tres, acompañadas de sus madres, ellas fueron las primeras. Llegaron a un sendero donde la tierra se volvió más densa, lodosa. Atravesaron los juncos hasta encontrar una luz débil de un candil. La niña vio sus huellas negras, marcadas en el lodo. Una mujer gruesa, cubierta con una manta, salió a su encuentro. Su madre y las otras mujeres hablaron con ella un momento. La niña sentía el dolor de sus pies, de las piedras que se la habían incrustado en las plantas y las piernas le ardían. Estoy cansada, dijo a sus compañeras. Ellas compartían sus malestares, la niña no entendía por qué las llevaban a escondidas hasta ahí. Una de ellas, la de los ojos grandes, les dijo en secreto que tenían que irse porque si se quedaban las iban a lastimar, eso le había dicho su madre. A mí me dijeron que tenía que irme para que no me diera el mal y que me terminaran echando a las hienas, dijo la otra, la del cabello largo y trenzado. Las niñas se sentaron en el piso, mientras veían a un joven que jalaba una cuerda.

El agua chapoteó al acercarse una barca a la orilla del río. Su madre se puso junto a ella. Sintió su abrazo firme y vio sus lágrimas correr por su rostro. Cuídate y no olvides de dónde vienes, le dijo.

El joven le tendió a la mano a la niña. Súbete, le dijo. Ella lo miró, su rostro redondo, dos perforaciones en la nariz y labios resecos, de un color violeta intenso. Volteó la mirada hacia su madre, buscando su aprobación. Su madre asintió y la niña le dio la mano al joven.

Subieron. Él se despidió de la gruesa mujer. La extranjera subió con ellas. Nadie habló durante el trayecto. El océano estaba en calma. La tranquilidad de la noche estrellada y el sutil movimiento de la barca se terminaron cuando llegaron a la boca del río. La niña se afianzó a la barca apretando las manos en la tabla donde iba sentada. Las olas lo movían todo, arriba y abajo, la popa golpeaba bruscamente contra el agua.

IV

Saqué los binoculares y miré hacia el horizonte. Esperaba ver algún movimiento por pequeño que fuera. Rebeca me dijo que vendrían en una barca pequeña. Prendí el candil y froté mis manos heladas. Moví las piernas intentando quitarme el frío. Repaso en mi mente las instrucciones de Rebeca; primero recibir a las niñas, hablarles en su propio idioma, hacerlas sentir seguras. Llevarlas hacia la camioneta donde Beto nos espera en

la entrada de la playa. Llegar al refugio. Enseñarles sus camas provisionales, darles ropa, zapatos. Al siguiente día enseñarles el lugar. El temor de que algo les hubiera pasado en el camino me aterraba. Me coloqué el *gele* acomodando mis trenzas dentro de él. Estas niñas estarán a mi cargo, Rebeca confía en que sabré enseñarles el español, las costumbres y hacer que su tránsito por el refugio sea amoroso y de confianza. Pensé en aquel día que Ébele llegó al refugio y nos contó su experiencia. Todo comenzaba en el ritual, la *ngariba* llegaba, le preparaban un lugar donde se realizaría la mutilación a las niñas en edad de casarse o a veces más chicas. Las cambiaban por un par de vacas o dinero, así la familia podría subsistir. Ella misma había sufrido esa experiencia que la dejaría marcada, con dolores constantes y el dolor del corazón. Ese no se quita nunca, dijo y soltó unas lágrimas. Después de ser entregada a su marido, ella sintió que su vida no tenía sentido, rezaba todas las noches a sus ancestros pidiendo una respuesta. Una mañana Lucrecia llegó a la tribu. Ella me salvó, dijo Ébele. Ambas comenzaron esta labor de concientización en las mujeres. Ellos no lo entienden porque no lo viven, decía Ébele. Me pregunto cómo habría sido para mi madre, habrá sufrido, sentiría la misma impotencia que ella o tal vez perdió alguna hija antes que yo, quizás mis hermanas le dieron la fuerza para desprenderse de mí. Miré al cielo estrellado esperando que mis antepasados me dieran las respuestas que no alcanzo a entender. Respiré el frío de la noche.

V

La niña miraba las estrellas, la espesa negrura del cielo, pensaba en lo que harían su padre y su hermano al despertar a la mañana siguiente. No entendía a su madre. La culpaba de haberla alejado de sus amigas, de su gente, de la tribu. Su abuela, sus tíos y tías, todos estarían preocupados.

Llegaron a una orilla en la playa. El joven le dijo a su madre que hasta ahí llegaba. Caminen hacia el muelle, ahí las espera. La extranjera asintió y bajaron de la barca. La niña cargaba la bolsa tratando de seguir los pasos de la extranjera. Admiraba los botes enormes, los gigantes contenedores, más grandes que los árboles de mi aldea, pensaba, y las máquinas de carga parecían monstruos terroríficos, creyó que eran como los espíritus malignos de los que le había hablado su abuela. Jamás había visto esa luz blanca, brillante, en medio de la oscuridad.

Un hombre vestido con traje de marinero gritó hacia ellas: Por aquí, Lucrecia. La niña jaló del chaleco a la mujer y volteó a ver al hombre que les hacía señas con los brazos. Subieron a un barco enorme. Las condujo al interior oscuro, bajaron dos pisos hasta una bodega en el fondo, junto a los camarones y los peces. El barco comenzó la marcha y las niñas se acostaron en unas camas improvisadas que había hecho Lucrecia. La niña se quedó mirando un foco que parpadeaba en el fondo mientras veía los rostros afligidos de sus compañeras. Después de varias horas, no supo cuánto tiempo había pasado, el barco se detuvo. La extranjera las condujo

a una pequeña balsa de remos en la cubierta. Lo primero que vio la niña al llegar a la playa fue a una mujer. Les sonrió, con su dentadura blanca, y las cubrió con una manta. En ese momento, la niña entendió que había llegado a su destino.

VI

La barca se acercó. Me quedé en la orilla de la playa. Lucrecia bajó del bote y ayudó a las niñas, las recibí con una sonrisa. Una de ellas, de trenzas cortas me abrazó de inmediato. La cubrí con una manta y le dije: Aquí estarás segura. La pequeña sacó de su bolsa de cuero un pañuelo bordado con flores rojas.

—¿Eres tú, Taraji? —susurró.

Recuerdo el ardor de estómago, el sudor que bajaba en chorros por mi nuca hacia la espalda. Hacía muchos años que nadie me llamaba así. Asentí con la cabeza.

—Es para ti. Lo manda tu mamá.

Ninguno de los rostros que vi aquella noche pudo aminorar la pesadez de mis brazos, calmar mi ansiedad. Era un collar de cuentas de colores con un *Odo Nyera Fie Kwan*. Mi madre me recordaba. No me había olvidado. Abracé a la niña con mucha fuerza y le agradecí profundamente el haberlo traído hasta mí.

Cuando estuvieron a salvo, luego de tranquilizarlas con una suave tisana y una charla, sentí que me regresaban las fuerzas. Rebeca y Lucrecia se acercaron a mí. Tenían curiosidad de saber lo que la niña me había traído.

—Es un símbolo de mi tribu, para nosotras significa: El amor nunca se pierde de camino a casa.

Al terminar de acomodar a las niñas miré el cielo estrellado a través del balcón. Lo logramos, pensé. Pero, ¿y cuántas más faltaban? ¿Cuántas se sumaban al grupo de niñas en edad de ser mutiladas en preparación para el matrimonio? En aquella parte del puerto las luces de la ciudad no interferían con el brillo del cosmos. Parecía que ese cielo me daba la respuesta: cientos, miles de vidas del pasado y del presente se habían apagado luego de la mutilación de sus genitales. Habían dado sus vidas por nosotras y ahora nos miraban desde allá arriba. Con la fuerza de sus espíritus nos guiarán por un nuevo camino, siguiendo el andar del corazón.



#m-R

Humo y silencio

Fernando A. Turrent Mata

Tu me fais danser du bout des doigts, comme tes cigarettes
Immobile, comme à ton habitude, mais es-tu devenue muette
Ave Cesaria, Stromae

Mamá y papa ya no están. Hace tres años que salieron de casa y no regresaron. Aún no sé las razones, pero abuela dice que fue por los ojos. Ella nos acogió a mí y a mi hermano. Siempre nos sentíamos transportados a otro lugar cuando la visitábamos. En esas épocas, nos recibía con abrazos, golosinas y cariño, el día que llegamos después de la desaparición de mis padres nos recibió con brazos de piedra, golosinas pasadas y corazón frío. Un aire helado se coló en su ser al recibir los informes de la desaparición de su hija y su esposo. Pese a ello, por nosotros, recuperaba un poco de calor al tenernos cerca.

La casa de Abuela es de un solo piso, tiene tres habitaciones y en una tenemos prohibida la entrada. Ahí es donde, ella dice, se refugia, se encierra y deja volar sus recuerdos. Habían pasado tres días desde que llegamos, iba hacia el cuarto que compartía con mi hermano cuando, de repente, vi humo salir por el umbral de puerta. Inmediatamente me invadió un miedo terrible, pensaba que la habitación estaba en llamas, que mi abuela había decidido poner fin a todo calcinándose viva, en fin, muchas teorías y suposiciones provocadas por el miedo y la adrenalina.

Intenté derribarla y entrar para ayudar en algo. Al tercer golpe Abuela salió con una mirada gris, dura, firme, pero melancólica. Su cigarrillo soltaba humo y este se mezclaba con el incienso que alcancé a percibir. El humo bailaba en sus dedos y se convertía en sustancia amorfa, gaseosa, hipnotizante e invitante. Pensaba que era una aparición divina la que me recibía en esa habitación. Ella solo dijo que aún no era momento y se encerró en su bóveda humeante. Así era Abuela, una mujer que vivía rodeada de humo, de espejismo y de misterios.

En uno de esos días abrí la puerta y me encontré con un hombre, preguntó por mi abuela y yo me quedé fría. Ella me dijo que se llamaba Julián y que venía cada tercer día a charlar con ella. Abuela decía que era uno de los pocos contactos con la vida que tenía antes. Era alto, no tan fornido, con una cicatriz en el dorso de la mano. Herida de batalla, le llamaba, nunca nos había dicho qué la había ocasionado, era una quemadura resultado de un derrame de aceite en el trabajo, era una reacción a la fricción por una cuerda muy pegada a la mano, a lo mejor era resultado de algo más oscuro, no lo sabía en ese momento. Decía que tenía más cicatrices y esperaba que el tiempo no marcara mi cuerpo ni el de mi hermano. Pedía porque no llegáramos a estar lastimados tanto como él, que sufrió mucho cuando sólo tenía unos tres años más que yo. Cuando me contaba esas cosas, Abuela inmediatamente cortaba la conversación con un “no más” que era firme y duro. Julián se encapsulaba y le pedía perdón.

Abuela y él se refugiaban en su santuario. Mi hermano siempre se pegaba a la puerta para intentar escuchar de qué hablaban, su inocencia era inmensa y su curiosidad más, pero nunca lo percibía. Su mente infantil lo hacía perder el interés a los pocos minutos. Sin embargo, yo estaba parada siempre ante aquella puerta. Latente, expectante, sin duda consumida por el demonio de la curiosidad. Tras la desaparición de mis padres, una especie de neblina empezaba a apoderarse de mi visión, en esos páramos, empezaba a olvidar los rostros de mis padres, el lugar donde vivíamos, la familia que había perdido. Pensaba que saber lo que decía me ayudaría a reconectar con su esencia, su calor e impedirme que los viera encaminarse al olvido.

Una tarde Julián no apareció. Lo esperé por más de dos semanas cuando Abuela me dijo lo evidente. Ya no regresaría, se lo habían llevado por los ojos, por las cicatrices, por el pasado que lo unía a nosotros. No sé por qué, pero con la ausencia de Julián la neblina de mis ojos se condensaba un poco y me encontré con la sorpresa que derramaba lágrimas cargadas de salitre. Nunca supe si por Julián, por mis padres o por mí, me sentí perdida, sola y sin nadie más que mi hermano y mi abuela. Estas lágrimas, pensé, estaban reservadas para los momentos más difíciles de mi vida. De alguna extraña manera, Julián y Abuela representaban aún un vistazo de un mundo que se había consumido en las garras de la ausencia.

El primer año fue duro y siniestro, Abuela hacía todo lo posible por mantenernos cómodos. Mi hermano empezaba a

mostrar ligeros matices de un carácter similar al de mi madre. Dureza, fortaleza y un ansia de justicia se apoderaban de él, cosa que, en ocasiones, complicaba un poco su desempeño escolar y le generaba severos reproches de Abuela y míos. Yo, en cambio, no sabía qué me estaba pasando. Poco a poco las memorias empezaban a difuminarse ¿era cierto que mi madre tenía ese carácter?, ¿mi padre tenía esos ojos almendrados o solo lo imaginé?, ¿cómo habían sido los últimos momentos que pasé con ellos?

Muchas interrogantes hicieron que desdibujara mi carácter, mi personalidad y mi propio ser. Abuela decía que somos regidos por nuestra ascendencia y que en ella se encontraba la respuesta a todo lo que habíamos pasado. No quería asustarla diciendo que no tenía idea de cómo contactar con ella. A lo mejor me lo dijeron mis padres, a lo mejor lo observé un día tras la puerta, posiblemente estaba escondida en la caja que mamá guardaba celosamente bajo la cama, en la música que escuchaba papá al regresar de trabajar, en los bailes, en el roce de sus manos. En todas las cosas que me apenaba decirle a mi abuela que no recordaba.

¿Cómo digieres la ausencia? La pérdida de mis padres abrió un nuevo panorama en mi vida. Ahora mucho menos entendía las razones de mi abuela: “Fue por los ojos”. Esa afirmación me hacía verme en el espejo todos los días y preguntarme si, alguna vez, también yo desaparecería por mis ojos. Estanques marrón claro que perdieron su

curiosidad al perder una identidad. Abuela decía que mamá y papá quisieron transmitirme un pequeño vistazo de lo que sería yo misma. Sin embargo, según ella, el proceso había quedado inconcluso.

No sabía el significado de aquellas palabras. Mis tribulaciones sólo me llevaban a contemplar mi figura en el espejo y con-fabular. Especular sobre quién era, quién sería, cómo cambiaría y qué misión tenía en esta vida. Una mañana Abuela entró en la recamara y se dio cuenta que ya había cubierto el espejo. Mientras mi hermano estaba en la sala, absorto en su mundo infantil, yo lloraba a lágrima suelta y le suplicaba por saber quién era. Abuela simplemente hundió sus manos en mi mata de cabello y me susurró: el silencio no es quedarse mudo, sino aprender a esperar. Me dio un beso en la mejilla y se retiró a su recámara. Juraría que escuché un sollozo proveniente de su santuario personal y eso me hizo llorar aún más.

El segundo año con la abuela me hizo replantear muchas cosas. Como parte del proceso de aceptación, mi estado taciturno se había convertido en rebeldía. Deseaba salir de esa casa. Ser como mis amigas, escuchar música, no preocuparme, ser independiente cuando la juventud es ahora y el futuro no estaba presente. Pero algo ensombrecía siempre mis ansias de libertad. Una nube se posaba y me condenaba sin clemencia. Yo era otra dentro de las otras, no lograba entender lo que me hacía diferente a ellas, las otras, las “amigas”, las distantes, los rostros, las siluetas...

Abuela indirectamente permitía e impedía que mi búsqueda de libertad se convirtiera en irresponsabilidad. El abandono —no, ya no podía ser la desaparición— de mis padres había conseguido que ya no me importara tanto el llorar por una supuesta pérdida, sino irritarme y enfadarme. Había rumores, habladurías que llegaban desde el exterior a la puerta de la casa: “¿supiste que vieron a su madre de prostituta?”, “no, a mí me contaron que está de amante de aquel que aspira al cargo político”, “el padre era un desobligado, alcohólico, sin duda ya ha de estar en una morgue”, “a lo mejor ella lo mató, no, no, él la mató”, “supe que estaba embarazada y que hizo lo impensable”, “se fugaron...”, “robaron”, “mataron”.

¡No más! Así empezó mi reclamo. Abuela sólo tenía la mirada fija y las manos temblando. El cigarrillo desplomaba su ceniza rítmicamente. Los dedos de mi abuela temblaban más de lo normal. Estaba reprimiendo sus ganas de ponerme un alto en serio. Los gritos se elevaron, mi voz se quebraba y salieron las injurias. El abandono planeado, el montaje, los rumores, los avistamientos, las mentiras, todo salía de mi garganta a presión empapando a mi abuela de mi dolor, mi enojo y mi resentimiento.

Los ojos grises de mi abuela se empezaron a convertir en teas ardientes. No se controló más. La cachetada salió disparada y mi cara se tornó carmesí. La mujer que nos había recibido, que nos compartió todo y nos dio protección, se había transformado en un ser enjaulado que clamaba por salir de su prisión.

Se intentó serenar y me dijo, con voz alzada, sin llegar a gritos, que todo eso eran calumnias. Que a su hija la habían desaparecido, que a su esposo lo habían desaparecido, que a Julián lo habían desaparecido, todo por existir, nuestra existencia despertaba odios, rencores, humillaciones y violencia, misma que culminaba en los actos más viles y atroces.

En todo ese frenesí, me tomó de la mano, me llevó a mi recámara, quitó el paño que cubría el espejo y me dijo: Mírate, mírate y dime si tu cuerpo, tu piel, tus manos, tus ojos no son diferentes. Dime cuántas veces te han mirado con desprecio, te han menospreciado, te han humillado o te han forzado a ver cómo asesinan a tu gente. Esas cicatrices no se borran, se impregnan de tu dolor y crecen en el alma, eso, eso es lo que hacen. Nos llenan de cicatrices y, si tenemos suerte, logramos escapar, logramos sobrevivir, contando cada día como si fuera el último. Esperando no llegar a ser los siguientes o saber que le sucedió a alguien más.

Se detuvo. Retrocedió hasta mi cama y empezó a recuperar el aliento. Yo estaba petrificada. Fue la primera vez en que los llantos que quedaban celosamente guardados en su santuario afloraron frente a mí. Tanto se había contenido y en un segundo yo, necia, terca y testaruda, había logrado penetrar esa coraza inamovible. Tomé su mano y me quedé junto a ella. Pasamos diez minutos interpretando nuestro silencio. El mutismo que queda después de una tragedia, esos instantes después de un desastre monumental.

Fueron días complicados. Abuela estaba distante, pero no me hacía a un lado. Se preocupaba. Yo me preocupaba. Dejé de ir a la escuela unos días para estar con ella. Toqué a su puerta y le pedí que me lo explicara. ¿Cuál era esa verdad?, ¿qué era lo que me hacía ser diferente?, ¿de dónde veníamos? Me pidió tiempo. Volví a clases, el mundo había cambiado, yo había cambiado. Una metamorfosis autoimpuesta generada por mi propia imprudencia.

La espera no fue tan larga, pero sí agónica. Cuatro largos días en que la puerta del santuario estuvo cerrada. Abuela salía para lo necesario. Saludarnos, alimentarnos, cosas sencillas. Le decía a mi hermano que se portara bien y siguiera mis instrucciones. A mí solo me veía, abría la boca para pronunciar algo, se arrepentía y se retiraba. Tras estos encuentros llegó el día. Una mañana en la que mi hermano dormía aún, era fin de semana y podía darse ese lujo. La puerta se abrió, me encontré con ella en el pasillo, tomó suavemente mi mano y me condujo hacia sus dominios. Cerró la puerta y ahí estaba. Toda una pared plagada de recortes, fotografías, líneas de estambre y marcadores rojos, azules y negros. Me miraban al mismo tiempo tantas caras, alegres, tristes, en agonía y quietas, grises y sin expresión.

“Ellas y ellos son tu ascendencia. Viajaron por el mundo, fueron perseguidas y perseguidos. Llegaron a distintos lugares, lograron establecerse, algunas murieron en el parto, otras fueron violadas y otras se convirtieron en madres. La hermana de tu padre, surca cada día los campos buscando, buscando los

restos de su hermana. Tu madre buscaba entre las fosas y las zanjas los restos de su mejor amiga. Yo buscaba entre casas, lotes baldíos, morgues, asilos, psiquiátricos el rostro de tu abuelo. Nosotros llegamos de muy lejos, huyendo de una violencia, de sitios y horas de queda, de estados de terror, para llegar a un lugar donde nuestra piel es inferior, nuestra cultura herejía, nuestras creencias supersticiones y nuestra existencia incómoda. Eres la última mujer de una cadena larga de viajeras, sobrevivientes, buscadoras y migrantes. Tú y tu hermano pertenecen ya al último eslabón de nuestra larga cadena.”

Supuso que mi rostro iba a tornarse entre asombrado y asustado. Ver ahí reflejada nuestra historia era sorprendente. Largos mares se habían atravesado a lo largo del tiempo. A pie, en barco, de incógnitas e incógnitos, en cadenas, a la fuerza, con terror, con dolor. Un hilo rojo marcaba nuestro andar, nuestra espera y nuestra pausa. Mis manos recorrían cada centímetro de nuestra línea. La fotografía de Julián apareció frente a mí. Padre de tres, enterró a dos, gemelos, perdió a una en los campos de amapola, escapó de un traslado ilegal y su esposa fue vendida. Esas eran sus cicatrices, marcadas con un hierro más candente, de esas que no se cierran y siguen a flor de piel. Abuela no quiso darme más detalles del hermano de mi padre.

Y ahí estaban, mis padres. Buscando, ayudando, un par que logró asentarse, pero cuya sangre siguió llamando. Por eso fue, por los ojos, por ver, por observar, por buscar. Abuela me dijo que debíamos llevar nuestra ascendencia con orgullo, que mis

padres algún día iban a confesarme su lucha, que el tiempo les había impedido terminar su gran labor. Pero algo que le habían dejado muy claro, era que nosotros no íbamos a ser obligados a continuar, teníamos opciones y, cuando llegara ese momento, decidiríamos nuestro andar, nuestro rumbo y dirigimos nuestra mirada al horizonte.

Abuela me enseñó a prenderles incienso, era una costumbre antigua, a pedirle a nuestras diosas y dioses, a rogar por la gente no encontrada, a nunca poner la otra mejilla, a no callar, a siempre tener un ojo abierto y el otro más. Esa fue mi iniciación, mi ritual de paso, mi entrada al mundo, la decisión era mía, de nadie más. Todavía había tiempo, pero debía saber qué hacer, quién sería y hacia dónde iría.

El tercer año que estuvimos con Abuela supimos que los números de migrantes desaparecidos había ascendido a casi treinta y cinco mil y que el gobierno no los nombraba desaparecidos, sino “no localizados”. Ahí fue cuando lo decidí, la estirpe de buscadoras seguiría. Mi hermano aún no decidiría, pero cada vez, le revelaba más detalles sobre nosotros, nuestra ascendencia y nuestra labor. Aún es un niño, espero que algún día podamos decidir entre una vida tranquila y una vida justa.

Abuela, le dije, también se los llevaron por no ceder ante el silencio. Ella se me acercó y me dijo: el silencio no es quedarse mudo, sino aprender a esperar. Y en una espera, el humo se disipa y la ascendencia brilla, eliminando así al silencio con el grito de basta. No podía estar más de acuerdo con ella.



Handwritten signature or initials, possibly reading "FMR".

Respira

Laura Flores Gómez

Quem mostrava esse caminho longe?
Sodade, Cesária Évora.

Sientes mucho, tanto que tus pies palpitan como si fuera tu corazón el que acaba de correr cientos de kilómetros, como si fueras tú el que hunde la tierra mientras camina. Tanto que apenas te acercas a la orilla del mar y su quietud se ve cimbrada por tu presencia. Sientes tanto que es imposible no escuchar tu respiración agitada; ni si quiera puedes mantenerte en pie y parece que estás a punto de perder conexión con tu cuerpo.

—Respira, te susurro al oído. Respira que aquí estás seguro, no estás en un bote. Estás en casa donde el caldo de la olla hierve ¿Puedes olerlo? Tiene un poquito de carne y te caería bien probarlo.

Pareciera que logro persuadirte porque después de hablarte veo tu concentración en el olor del caldo caliente y burbujeante. Te calmas. Aterrizas en el suelo de tu hogar y entonces dejas de moverte. Bien podría tomar tu mano, pero no lo hago, me quedo quieta y tú estás aquí con las miles de historias que has pasado. Te escucho respirar cada vez más lento, jalas el aire de forma profunda, sonora, como si quisieras meter todo el aroma de la comida en tu nariz y lo haces. Tus fosas nasales

se expanden y veo cómo el vapor de la olla sale de la cocina y lleva camino hacia ti, huele bien ¿no?

—Con este guiso ¿recordaste algo?, quizá tu niñez. Quizá los veranos aprendiendo a cocinar. Con ese calor que no nos impedía sorber el caldo tradicional de la Isla. Qué curiosidad causaba a muchos vernos disfrutar de este brebaje y al mismo tiempo soltar gotas de sudor por la combinación del clima y el sol que emanaba de los platos. Estábamos agradecidos por la comida caliente que hervía dentro de uno ¿Sabes de qué me acuerdo yo con los olores de este estofado? De nosotros en la casa, de tus piecitos inquietos por la prisa de jugar y no como hace un momento por la prisa de huir. Te recuerdo parado frente al sol, poniéndote tostado ¡Ay mi negro amado, siempre tan libre en tierras tan inestables! Me sorprende que el aroma de un guiso te tranquilizara, o eso me gusta creer, que fue la comida la que ayudó a relajarte ¿Será el estofado que tú mismo preparaste?, o será tu alta sensibilidad la que después de la furia te dio la calma.

Sientes mucho todo. Siempre tuviste ese don que a muchos les parecía un defecto. Yo lo supe, una cualidad desde que te vi recibir la brisa fresca del mar con una emoción que me ponía de buenas o desde que un abrazo tuyo duraba la eternidad. Lo dabas con tanta fuerza que aun siento tus brazos rodear mi cuerpo. La forma en que te comportabas me regresaba del viaje imaginario en el que nos veía fuera de esta arena, distantes de las dolientes historias que se formaban entre las olas y el viento,

lejos de las penas del país, del sufrimiento y de las batallas ya perdidas. Eras pequeño y encontrabas tesoros en las piedras que dañaban tus pies. En cambio, yo, que me asaba al calor de la estufa de mi trabajo para sobrevivir, solo veía lo que me hartaba, lo que era malo.

—Respira— me digo a mí misma, de nada sirve culparte. Me concentro y te miro. Me hago a un lado. No quiero invadir tu espacio. Abres los ojos y de tu boca sale con fuerza todo el aire que guardaste mientras controlabas tus emociones. Te vi hacerlo en cámara lenta pese a que hallaste calma en una respiración que duró pocos segundos ¿Qué se hace en ese tiempo? Al parecer inhalar y exhalar, sin embargo, yo recordé parte de nuestra vida juntos. Me parece que así de extraño es el tiempo y más desde que no estoy contigo, porque mi única forma de cuidarte es desde este plano al que la abuela decía que llegan solo los santos. Aquí estoy yo, por terca y porque el fin llegó para mí.

—Anda, ve, apaga el fuego de la estufa. Agarra el cucharón y sírvete. Aliméntate mientras yo te acompaño; me sentaré en la silla que soportó años de reparaciones, que nos sostuvo a los dos mientras desenredaba tus chinos o mientras jugabas con lo que arrojaba el mar. Comiste muy despacio, concentrado y con gusto. Puros sorbos salían de tu boca mientras liberabas el vaporcito del caldo. ¡Qué antojo de comerlo de nuevo! De platicar contigo, porque tú fuiste lo único que mantuvo mis agrietados pies en esa tierra seca. Tu presencia hacía estallar mi corazón.

—Qué bien me quedó el estofado- te escuché decir. Después te levantaste a lavar tu plato y a limpiar la mesa.

Una vez que el sol se ocultó, te preparaste para salir de la cocina. Te vi pensativo y, cuando eso pasaba, sabía que te irías a caminar para darle vueltas a tu cabeza que buscaba respuestas que yo ya no podía darte.

Respiro profundo y me castigo. Ya ves, Morna, transmitiste tus temores a un niño que solo veía luz cuando el clima andaba triste, que respiraba el aire tibio como para calentarse las tripas, que tronaba las ramas de los tiempos de sequía para armar la casa que soñaba para los dos. Se ponía feliz cuando encontraba un atardecer rojo, cuando escuchaba las olas retumbar en las rocas, cuando el verde se adueñaba de lo muerto. Hoy ya es un hombre.

Llegaba a la casa y me gritaba ¡Morna! ¡Morna! ¡Qué bonita es la isla! y se iba con los pies curtidos de tanto andar descalzo. Yo suspiraba pensando en su ingenuidad, en su sorpresa y en las historias que me contaba por las noches mientras se tiraba al piso. ¡Quién tuviera su edad para ver todo bonito! Él amaba su origen y siempre encontraba pura cosa buena en el pueblo del que veíamos partir a sus hombres y llorar a sus niños. Pocas mujeres se iban, entre ellas yo, su mamá.

Sí, me fui. Aunque los ancianos cercanos a mí creyeron que me iba sin pensar en él la verdad es que me fui para darle algo más que un estofado y tardes de sol. Para encontrar el camino que después me ayudaría a llevarlo conmigo. Porque creí que

nada podría ser peor que el estancamiento en tu propia tierra. La ingenua fui yo. Pasé momentos de tal angustia en el trayecto, que no podía creerlo.

La última noche que lo besé, que sentí la tibieza de su cuerpo y la dulzura de sus manos. Me abrazó la duda. No estaba tan convencida de irme ¿Cómo iba a dejarlo, si el viaje imaginario era para los dos? Teníamos que haber salido juntos, porque aun con todo lo que faltaba, nos teníamos el uno al otro. Mi actitud no fue egoísta, era necia y estaba difícil que alguien me hiciera cambiar de opinión. Se sentía bien bonito creer que al menos en eso tenía poder. Así que acomodé a mi hijo en su cama y antes de dormirlo le conté la misma historia mágica que a él le gustaba escuchar “los valientes sueñan tanto que solo sus actos pueden llevarlos a la felicidad. La felicidad es de los valientes como tú”. Me acarició la cara y se durmió. En ese momento hasta yo me sentí valiente. Quería regalarle libertad y alegría, sin darme cuenta que mucho de su entusiasmo provenía del gran amor que le daba y de la paciencia que le tenía.

Jalé aire, mucho aire, tanto que empecé a toser. Me salí de prisa para no despertarlo y avancé rumbo al camino más cansado y más injusto que había experimentado. Vaya que había tenido muchos. Avancé pensando en la herencia que le dejaba a mi hijo, siglos de esclavitud y con eso ya no podía vivir, pues no podía hablarle de valentía para hacerlo fuerte, mientras yo pasaba los años entre comales y ollas sudando pobreza. Necesitaba demostrarle que sin importar lo grande del océano o el desier-

to que nos separaba del progreso, podíamos ir más allá. Llegar lejos a pesar de que estábamos solos y en el centro de un mar que parecía no tener fin, ya que pertenecíamos a un conjunto de islas con volcanes tan ruidosos como nuestra música. Éramos parte de una historia que deseaba romper, por eso hablaba poco del pasado, pero lo pensaba todo el tiempo. Lamenté haberle compartido esos temas a mi hijo, aunque de todas formas lo vivía a su manera y lo habría escuchado en algún otro lado. Por eso no era raro que en cada casa partiera un ser amado dejando a alguien sufriendo.

Mi hijo me contaba qué rumbo tomaban esas personas que se iban para tener dinero y ayudar a sus familias. Me lo dijo porque su memoria almacenaba todo como un genio y me lo decía a mí que solo sabía cocinar. A mí que ya tenía las ganas de marcharme para ir por el bienestar que no llegaba a ninguno de los que vivíamos ahí. Yo elegí irme ¡Y claro que quería llevarme a mi hijo para que llenara su mente de historias y verlo correr hacia algún lado mejor que este! Pero yo soy su mamá y yo debía intentarlo primero. Así que, sin saberlo, él me guio para preparar la huída. Cuando me fui, igual se fueron muchos jóvenes fuertes que se veían listos para resistirlo todo. Yo era joven pero no tanto. Era una mujer que tenía ilusión de lo nuevo, y hasta esa noche pude ponerle nombre a mi necesidad de escapar, sueños.

Así que, al salir de aquella casa que me dejaron mis abuelos y que apenas se sostenía por el peso de los años sin un buen mantenimiento, me apuré a caminar para encontrarme con el

ruido del mar y con la prisa de muchas personas. Se subían a una barca de acero viejo que de milagro tenía un motor que nos llevaría lejos de nuestra costa. Todos llevábamos urgencia de acomodarnos: mujeres y niños en el centro, hombres alrededor. ¡Niños!, ¡Había niños! No recordaba que también se van los niños, algunos se van sin su mamá, sin su papá se van solos. Solos en medio de extraños que los cuidan porque también sienten miedo. La barca se meneaba sin mucho control. Nos apretábamos para que entrara uno más, o dos, o tres más. Todos los que pudiéramos ir casi encimados. El señor que nos apuró a subir solo tuvo cuidado cuando le dimos nuestro dinero. Después nos amontonó a todos en ese latón y exigió que cualquier tripulante tomara el control de la barca porque él no iría con nosotros.

Salimos del pueblo y vi cómo me alejaba de él, de su olor, de su viento tibio y de mi pequeño hijo. Tragué saliva. Más y más distancia se veía entre la barca y mi tierra, luego perdí visión. La noche ya no dejaba ver nada más. Según yo, para no pensar tanto intenté concentrarme en los sonidos de la noche, pero lo único que lograba escuchar era el motor que amenazaba con pararse, y de solo pensarlo se me aceleraba el corazón. Luego, los niños que ya no eran niños sino guerreros del mar, que obligados a salir de su tierra empezaron a llorar. Se les salían los mocos y se les hundían sus ojos. Solo hasta ese momento quise regresarme a los brazos aun pequeños de mi amor, quise vomitar y vomité. Quise llorar y lloré como la niña que fui y que era

en ese momento. Ya no supe cómo parar. Respira, me dije, y lo hice tan hondo como lo había hecho mi hijo ya convertido en hombre aquella vez que no encontraba paz. Tuve que limpiar mis lágrimas porque me dio temor pensar que, si seguía llorando como aquellos niños, llenaríamos la balsa de sal. Entonces ya no habría futuro, ni sueños.

¡Despierta si quieres llegar! Me dije. Había perdido la idea del tiempo que llevábamos meneados por el mar. A lo mejor eran horas o días; lo único que supe es que desafiábamos a la noche y que amanecimos entre orines, llanto, vómito, pedazos de pan, gotas de leche materna y de leche de caja. Una mezcla de olores a gasolina, sal y sudor. No supe como aguanté y menos como lo hicieron los más pequeños que viajaban en la barca, pero si ellos podían yo también. Me estaban dando lecciones de resistencia a mi edad, a mí que creí haber vivido mucho. Las eternas horas bajo el sol me provocaron deshidratación, ardor en la piel y quemaduras en mis pies y piernas. Casi todos estábamos así. Tanto sol y tanto abandono me hicieron perder la razón. Empecé a tambalear a todos con mis gritos. Alteré a todos que de por sí ya traían el corazón colgando de un hilo. De pronto ya éramos navegantes en un mar desesperado, estábamos solos y casi muertos en medio del canto de millones de almas sumergidas en lo profundo de aguas tan peligrosas ¿A cuántas personas se habrá tragado el mar? No era un buen momento para pensar en eso, porque yo estaba en esa agua que escupía lamentos y sintiendo que me había equivocado con

esta elección. En realidad, fui a darme cuenta que ser esclavo no era la única forma de sentir dolor porque, a pesar de estar lejos de esos siglos, seguíamos estancados en la miseria, presos de malos tratos. Por eso huíamos.

Es verdad que nos creímos libres al flotar en esas olas, pero no teníamos asegurada la libertad, solo teníamos la esperanza de llegar a un lugar que nos diera esa oportunidad. Un lugar que no hundiera nuestras ilusiones o nos bloqueara caminos. La realidad es que lo peor estaba por suceder. Descubriríamos qué alcances tenía la gente que cuidaba el mar con tal de que no lo invadiéramos. Escuchamos voces, palabras confusas. No eran penas sino gritos de compasión, personas que juntaron su barco a nuestro intento de uno y que llegaron a quitarnos la angustia de no ver la orilla del mar.

Además de esperanza nos dieron agua, me la tomé con tanta prisa que, la mitad se me escurrió fuera de la boca como a un niño que está aprendiendo a beber. Mientras el agua calmaba un poco la ansiedad, el niño más pequeño de nuestra patera calmaba su sed a través de su madre. Tenía un año y el pecho de ella en la boca. Estaba a salvo. Ya cercanas nuestras naves, unas manos blancas nos jalaron con fuerza y fueron agarrando a uno por uno para subirnos a su barco que sí tenía apariencia de llegar más lejos que el nuestro.

De pronto aparecieron olas tan grandes que anunciaban algo malo. Era el mar inquieto que no sabía de su fuerza hasta que lograba voltear los barcos y con ello romper los sueños. En ese

oleaje aparecieron más manos, solo que éstas no querían salvarnos, querían vernos caer porque eran de un país que nos odiaba por meternos a sus aguas. Fue cuando el mar nos llevó hasta la furia de aquellos vigilantes que propiciaron que mientras rescataban a unos, a otros nos sacudiera el odio.

De nuevo mi visión se nubló. Me caí y por el alboroto no lo noté. Ya no había barcos y mi cuerpo dejó de luchar. Dejó de soñar. De mi boca empezaron a salir burbujas; tragué agua. Los lamentos del mar me arrastraron hasta el fondo. Todo se puso oscuro como la noche en que salí de la isla, y lo único que me brindaba cierta luz era la cara de mi hijo, sus ojos de largas pestañas, su nariz chata, su sonrisa traviesa. Pensé tanto en él que la muerte no me supo salada.

Muerte, eso es lo único que pudo aquietarme, sin embargo, no pudo alejarme de mi hijo; por eso él no se explicaba la razón por la que, en su última huída, en lugar de hundirse en el mismo mar que su madre, estaba en un barco recibiendo atención médica y apoyo de personas que no lo veían como un invasor, sino como persona, como todos los que estaban ahí. Mi hijo no fue a buscar a su madre, pero se la encontró para salvarlo, pues se vencía y se llenaba de agua cuando lo tomé de la mano tan fuerte que parecíamos uno. Lo llevé a flote. Fue entonces que alguien más pudo sostenerlo y ponerlo a salvo para abrigarlo del frío. Respiró y regresó a casa, se preparó el caldo que tanto le gustaba, después se fue a caminar y se preguntó si valdría la pena intentarlo de nuevo. A eso salió después de comer aquel

día de descontrol, a pensar que si lo hacía por última vez pasarían dos cosas: una, volvería a ver a su mamá y dos, quizá al fin llegaría a la tierra deseada. Por eso es que se alteró, porque me le aparecí como una ilusión del mar. Me le aparecí por única vez a pesar de los muchos intentos que hizo por irse.

—Sí, se dijo a sí mismo. Volveré a ese camino al que le conozco las rutas, los peligros y las posibilidades.

—¡Morna! ¡Morna! ¡Qué bonita es la Isla, pero que fea es sin ti! ¡Manifiéstate y acompáñame! Hizo esa plegaria como si fuera más un hechizo. Lo escuché, claro que lo hice y me convertí en su sombra para cuidarlo de morir.

—¡Si tan solo estuvieras aquí! —Me dijo.

¿Lo ves, Morna? ¿Lo entiendes ahora? En realidad, lo que le daba una visión distinta de las cosas a tu hijo, incluso de las malas, no sólo era la inocencia de sus años, sino tu presencia, pensé. Por eso cuando se fue de nuevo estuve ahí sosteniendo sus miedos, para que no lo dominaran. Sobre todo, porque siempre pedía conducir las lanchas que partían sin rumbo real. Ya no se daba cuenta de que era un acto suicida, pues si una embarcación vigía descubría que él manejaba o descubría la cara del que lo hiciera, no solo sería detenido por migrar, también sería condenado por cometer un delito. En realidad, su único daño al mundo era querer ser libre. Así era nuestra vida, plagada de injusticias, pero ni eso nos detenía. No había tiempo para lloriquear, teníamos que tomar todo lo malo para agarrar valor, lamentarse ya no era opción.

¡Ay hijo, no tenías que hacerlo!, sino vivir tu vida, no la mía. Junto a él nadé las olas fuertes o imposibles de calmar, lo hice porque soy su madre y porque me sentí responsable de mostrarle esa opción por mi necesidad. Quizá sin saberlo, mi compañía lo hizo navegar con la seguridad de que llegaría y cruzó la distancia conocida llena de sal que ya no le dañaba del todo. Esta vez la furia de las aguas lo ignoró y lo dejó tocar la arena de otro lugar, por fin lo logró, lo logramos.

Sus pies se pararon fuertes en otro continente y no inquietos como lo estaban cuando era niño. Lo vi y me pregunté cómo sería su nueva vida, el clima, la gente, la comida. No sabía qué camino le esperaba, pero al menos ya estaba en la tierra prometida. Después de eso, dejó pasar algunos días para regresar a la orilla del mar y contemplar su calma. No podía creer que de ahí salieran cuerpos sedientos, llorosos y moribundos, entre ellos el suyo que por fin no palpitaba sin control.

Estaba solo frente a la inmensidad. Jaló tanto aire que logró conectar con todas sus emociones y cuando lo sacó de su cuerpo, me regaló un suspiro con el que dijo mi nombre. Morna. Pensó en mí que no tuve la misma suerte pero que estaba junto a él. Pensó que por fin la vida sería justa o que al menos tendría un nuevo comienzo más allá del océano y del desierto que sepultó a tantos de sus amigos. Suspiró pensando todo lo que sufrió en el mar, y en lo dichoso que era de estar fuera de la isla, porque antes de eso pueden pasar años, la muerte o el darse por vencido. Pueden arrestarte, masticar tus derechos, si es que alguna vez

alguien los consideró, pueden arrojarte al mar. Pueden hacerte todo porque no perteneces a ningún lado y se aprovechan para herirte, peor que a los animales. Lo que nunca le quitaron a mi hijo fue el don de sentir mucho, de sentirlo todo.

Respiré hondo como queriendo grabarme el nuevo olor del ambiente al que mi hijo llegó, y lo hice tan profundo que él pudo escucharme. Me miró sin sorpresa, lo hizo más bien con alivio. Le sostuve el gesto y después nos tomamos de la mano.

—Respira hijo, estás fuera de las olas— Le dije quedito. Estas sintiendo mucho, sintiéndolo todo en un horizonte por descubrir.



Handwritten signature or mark in the bottom left corner, possibly reading "P m P".

Sodade

José María Sánchez Hernández

*“Ou est-ce à cause des kilomètres, que tu ne me réponds plus
Evora, Evora, tu ne m’aimes plus ou quoi?”*
Ave Cesaria, Stromae

—Habla, pues. Así lo único que va a pasar es que te vamos a tener que mandar a donde se nos hinche el huevo.

—Déjate tú eso, Ramón, a ver si no a este pendejo se lo llevan al Cereso. Con lo que nos dijeron capaz y hasta lo usan como chivo expiatorio; ya ves que de esos no sobran. No vaya ser que lo tachen de insurgente y lo acusen de secuestro o asesinato; luego se inventan cualquier cosa nomás para tronarlos. O ya cuando menos, lo terminan vendiendo al narco. De que termina en fosa común, termina en fosa común.

—Órale, cabrón, ya escuchaste. Nomás dinos de dónde eres, no hace falta más. Es puro trámite esto. ¿O qué ni eso nos quieres contar? ¿A quién encubres, quién te da chamba? No nos vayas a salir revoltosito, cabrón, que ahí sí se te va a poner difícil la cosa.

—Es que no cuadra, Ramón. Aparte este se ve muy prieto, tú. Mírale la cara, no se ve de aquí. ¿Dices que habló con Lourdes, no?

—Pues eso dice, pero sólo para pedirle algo; un vaso de agua o vete tú a saber.

—¿Y no le logró hallar el acento? Aunque sea para darnos una idea de a dónde mandarlo; este así no va a durar mucho.

—Ay, Beto, yo a Lourdes ya la di por perdida; según ella es francés.

—No, pues estamos jodidos. Ni pa' tirarla a loca.

El cómo llegó fue siempre un misterio. Que si fue en barco o en avión poco importaba, pero parecía imposible haber ingresado a los Estados Unidos sin antes haber atravesado territorio nacional.

Beto recorrió la pequeña habitación y sacó de su bolsillo la cajetilla de cigarros; se inclinó hacia su compañero y este deslizó uno con dos de sus dedos. —¿Tienes fuego?—, preguntó al tiempo que Beto ofrecía, de igual manera, un cigarro al migrante. Pronto los tres comenzaron a fumar: a perder sus rostros y sus palabras entre el humo y la bruma que invadía el cuarto. El cenicero estaba vacío. Al centro del escritorio yacía un portafolios, roto y manipulado, del cual Ramón sacó el documento. Lo miró con detenimiento. —Te van a llevar al apando, cabrón—, susurró indiferente, acaso desviando su mirada del trozo de papel en sus manos. —No puede estar más jodido tu país, eso te lo aseguro.

Beto acercó la vista al documento, leyó escasamente eso que hacía un par de horas había estudiado en soledad antes de comenzar oficialmente su jornada de trabajo, y suspiró tras soltar una risa. —Es que te metiste con una gringa... ni cómo ayudarte, mano. Di que no te mandaron a matar allá, que no te llevaron a la silla eléctrica o mínimo te dieron una golpiza en medio de la

calle, como acostumbran a hacer esos cabrones. En el Gabacho son salvajes, hasta con su propia gente.

De la boca del migrante no salía más que olor a ron, un distante aliento que sudaba contratiempos y peripecias. Se cuestionaba los viajes, los orígenes, los destinos y las odiseas; acaso se preguntaba por la utilidad del abandono, por la determinación en el quehacer de sus actos. Quizás huir —aunque al hombre nunca le gustó verlo de esa forma— parecía de entre todas las opciones, la última; y sin embargo, ante la desdicha y el desasosiego que le producía el hogar, abandonar aquello conocido se tornaba la decisión más sensata. Pero la sensatez acarrea siempre un hueco. El hombre pensaba en la mujer que le había dado la vida, en sus pies descalzos, en su cabeza de roble y sus ojos de aceituna. Y escuchaba, entre todo, aquella canción que lograba reverberar en su oído como el único recuerdo de una vida que apenas pudo ser vivida. Allí estaba: la voz de una madre ausente, las cuerdas de una guitarra perdida, y nada más.

—¿Entonces, Beto? ¿Lo regresamos?

—Pues no, no sabemos de dónde viene.

—¿Lo mandamos a un refugio?

—No, tampoco. Si viniera limpio tal vez, pero así como nos lo mandaron no nos lo van a querer aguantar.

—¿Al CERESO?

—'Pérame, Ramón, déjame pensar—. Beto terminó de fumar su cigarro y acercó el cenicero al centro de la mesa; en este comenzaban a sepultarse palabras, delirios, ficciones.

—Háblale a Sergio—. Ramón salió de la habitación y regresó al cabo de unos instantes, con una de sus manos sosteniendo un teléfono, y otra intentando abrir una bolsa de frituras.

La voz murmuraba tristes conjeturas, se hacía ideas sobre el posible paradero del migrante antes de haber terminado en aquel lugar. Las hostilidades que lo habían orillado a donde ahora se encontraba podían ser incontables e inenarrables. Algo de carbón se deslizaba entre sus manos, y el recuerdo de la hambruna parecía no menos distante de lo que realmente era. En cuanto las preguntas relacionadas con el ingreso del migrante a América se dieron por perdidas, el resto de cuestiones se vieron igualmente ignoradas; de dónde venía y por qué había desertado ya no importaba.

—¿Sergio? Habla Beto, de Migración y Recursos Humanos. Sí, hombre, aquí dándote lata como siempre—. Durante la llamada se acordaron varias cosas y se discutieron muchas otras. Se preguntó por la familia, por el trabajo y los amigos; se agotaron las formalidades y las informalidades, se hicieron negocios. —Óyeme, Sergio, una preguntota: ¿todavía te andan queriendo soltar lana por ir de chismoso? Ah, pinche vendido. Pues fíjate que tengo aquí un indocumentado; nos lo trajeron del Gabacho, lo cacharon con la hija del patrón y ya sabes cómo se ponen. No, no, tampoco se ve que sea mexicano, ¿eh? Pues está muy prieto este güey, parece que no habla ni español ni tsotsil ni nada parecido. Sí, no, por este ni quien meta las manos; intentamos interceder nosotros, pero pues nomás no se deja ayudar.

Ándale, precisamente por eso te eché el grito. Pues a este no creo que lo quieras sacar a la calle, caray, tampoco le veo mucho caso que se lo vendas a tus socios, porque pa' trabajar la tierra ya hay muchos por ahí. No, no, yo decía porque te andan chingando en Fiscalía, y pues a este ni quien lo reclame. Se les va a poner difícil a los judiciales, pero ya eso no dependerá de ti. Sí. Sale, pues, ahí nos estamos viendo entonces—. Beto colgó el teléfono y se dirigió al migrante, poco antes de mirar a su compañero y echar una risa.

—Pues ya te vendimos.

Lo habrán tenido en el cuarto uno o dos días más hasta que lo trasladaron a otro sitio. Ya para su tercer día en la Ciudad de México, la sed y el hambre eran insoportables. Pero lejos de exigir agua o comida, el hombre se limitó a imaginar la melodía vocal de aquella vieja canción. Al salir de la Procuraduría General de la Justicia, el agente Sergio Esquivel recibió personalmente al migrante, agradeciéndole de antemano por su cooperación y asistencia con el gobierno mexicano. Pronto abordaron una camioneta que les trasladaría al Campo Militar Número Uno, en la cuál al migrante le fue colocado un trapo en la cabeza y le fueron atadas las manos. Este no tuvo la voz suficiente para decir nada.

—Escúchame bien, nomás te lo voy a decir una vez. Ahora tu nombre es Pablo Rafael Gómez Castro, tu esposa se llama Rosario Cortez Díaz; tienes tres hijos, de once, ocho y seis años; sus nombres son Pablo, Daniel y Sonia. Vives en la

Avenida Pirineos, número 98, colonia Portales Sur, Ciudad de México. Tienes 42 años y oficialmente te desempeñas como asesor legal independiente. Trabajas para Raúl Loza Vargas, pero es muy importante que no les digas eso de inmediato, ahórratelo para después; ellos ya lo saben, sólo van a querer que lo admitas. Te acusarán de secuestro o asesinato, no estoy muy seguro. Niégalo todo lo que quieras, ellos están al tanto de que no es verdad.

Tan pronto el vehículo se detuvo, la voz del agente Esquivel dejó de escucharse y un par de manos tiasas tomaron a jalones al migrante y lo condujeron violentamente hasta un nuevo cuarto, no muy distinto del que había morado hacía tan sólo unos días. Entonces los tratos que había recibido anteriormente se vieron drásticamente comparados con los que ahora enfrentaba. A la habitación entraron un par de agentes, de los cuáles uno sobresalió por ser quien comenzó el interrogatorio, así como por haber mostrado la mayor crueldad del grupo.

—Queremos que nos digas dónde vive Raúl Loza y el otro hijo de la chingada que te entregó, así que empieza a soltar; di todo lo que sabes, ¡ándale!—. El migrante se limitó a no inmutarse, acaso observando al nuevo agente que lo interrogaba, reparando en el sadismo que revelaban sus ojos. —No te hagas pendejo, que te vamos a agarrar a madrazos, cabrón. Órale, pues: ¿cómo te llamas?— Fue entonces que comenzaron los golpes: primero en el vientre y en las costillas, luego en la espalda, el pecho y los hombros —¿Que cómo te llamas,

chingada madre?—. El hombre no podía decir nada, pues las palabras que escuchaba se le presentaban en un idioma desconocido y ajeno. —¿De qué parte de México eres?— De nuevo, silencio. —A ti te vamos a tener que partir tu madre, ¿verdad? Órale, Carlos, veme conectando la chicharra y véndale los ojos a este cabrón.

Las sesiones de tortura duraron semanas. Había temporadas en las que parecía ser que el migrante pasaba al olvido, y con él no se hacía más que sólo alimentarlo. Había otras en las que los interrogatorios sucedían a diario, o incluso hasta dos veces por día. Durante aquel tiempo se vieron muchos rostros y se hicieron muchas preguntas: ¿A cuántos has matado? ¿En cuántos asaltos has participado? ¿Dónde vive Raúl Loza y de qué vive? ¿Cómo se llaman tus amigos? ¿De dónde son? ¿Dónde viven? ¿Qué relación tienes con Joel García Estrada? ¿Por qué mataste a Rubén Sánchez Gamboa? ¿Quiénes planearon el secuestro de Mauricio Patiño? ¿Dónde guardan sus armas? ¿Dónde se reúnen? ¿Son marxistas-leninistas? ¿O trotskistas?

Eventualmente el migrante entendió algunas palabras y pudo replicarlas pobremente. De él escucharon lo que querían escuchar, verdades y no verdades. Tras los golpes, las electrocuciones, el suministro de drogas y el ahogamiento, admitió hasta lo impensable: con un pobre español se autoproclamó partícipe de catorce asesinatos, líder de una organización política clandestina, y reveló la dirección de más de una docena de personas a las que no conocía. Cierta día, en el cual el silencio de las

celdas contiguas era casi insoportable, un agente desconocido y bien vestido entró al sitio. Se acercó al migrante y comenzó a hablar con franqueza.

—Todo iba bien contigo. Pero ahora nos dicen que eres Eugenio Ramírez Estrada, y queremos que nos digas la verdad. Ya aquí nadie te va a matar. Eso de la Brigada Blanca ya pasó, nosotros nomás queremos que nos hables con la verdad.

El migrante suspiró rendido, y recordando en el protocolo respondió con una mentira más. —Sí, soy yo. Yo soy Eugenio.

—No, pues con razón te querían mandar a Santa Lucía. Me da mucho gusto conocerte—. El agente extendió su mano al migrante y sonrió ingenuo. Pronto entraron otros agentes a la habitación y comenzaron a mirar al interrogado. —Es que ahorita todos queremos conocerte.— Posterior a este último interrogatorio en el cual se discutieron cosas de las que, si bien el migrante no tenía idea, se llegó a una especie de acuerdo. Así, fue trasladado al Reclusorio Preventivo Norte de la Ciudad de México, donde fue consignado ante el Juez Cuarto en Materia Penal por los delitos de homicidio calificado, robo, secuestro y asociación delictuosa.

Lo cierto es que ni en el penal ni en la fiscalía lograron determinar el verdadero origen del migrante. El cómo llegó fue y permaneció como un misterio. Su historia poco importaba, el hecho detrás de la experiencia y el devenir de su ventura constituían una nueva realidad que él mismo no se afanaba ni en creer ni en desmentir. Ya sólo quedaba ficción; una ficción rota,

una ficción manipulada. Llámese Pablo, Eugenio o migrante, el cambio era ineludible, y ante la imposibilidad de generar veracidad en su relato, el hombre optó por el silencio y la memoria. En ella quedaba una voz tan sólo, ni siquiera la certeza de su melodía ni sus palabras: una voz mullida, vacía de todo predicado; una voz sin canción. En ella se hallaba el principio y el fin de todas las cosas.



Ojalá

Alina Silva

*Si bô ´screvé´ me ´m ta ´screvé
Si bô ´squecê me ´m ta ´squecê
Sodade, Cesária Évora.*

*Todo lo que les interesa es nuestro dolor,
Como si las partes de felicidad fueran accidentales.
Koleka Putuma*

A sus casi treinta años, Alma Servín, sentía que siempre había llevado un rosario tejido de “ojalás” colgando al cuello y, aquella mañana de noviembre, tenía la sensación de que agregaría una cuenta más a ese rosario. “Un ojalá por cada noche que me caló el miedo, uno por cada deseo reprimido, por cada vuelta del destino”, pensó Alma recargada en la puerta de la habitación, acariciándose el pecho como si de verdad portara un rosario, mientras observaba a Vera doblar sus pantalones para colocarlos en una pequeña maleta.

Alma observó la silueta de Vera dibujada a contraluz en la ventana. Se preguntó por qué no se sentía más triste sabiendo que se estaban diciendo adiós. Disimuló un suspiro, se quitó del marco de la puerta y fue hacia el comedor.

El departamento no era muy grande. Al ser la planta baja de un dúplex, solo tenía ventanas amplias en la parte frontal y la habitación del fondo. La segunda habitación, que usaba de estudio, tenía una pequeña ventana que daba al lavadero. Sin embargo, la orientación del departamento permitía una buena iluminación por las tardes, cuando el sol pegaba de frente hasta ocultarse tras un inmenso puente vehicular y una estrafalaria rueda de la fortuna, herencias de un gobierno relativamente reciente.

Alma gustaba de salir por las tardes y sentarse en las escaleras que conducían al departamento superior; observar los tonos naranjas, amarillos y rojizos del ocaso, mientras los autobuses parecían deslizarse sin sobresalto por el puente, como si de un tren silencioso se tratara. No había punto de comparación, pero le recordaba el metro aéreo de Bangkok que, sin embargo, esperaba visitar el siguiente año.

A Vera nunca le había gustado sentarse con ella en esos escalones, al contrario, cada vez que la encontraba ahí, le arrastraba al interior del departamento para hacerla bailar, cantar, probar la cena que había preparado o para besarla y llevarla a la cama. Tampoco era que a ella le molestara ser interrumpida. En realidad, le aliviaba que Vera la sacara de su melancolía auto inducida.

Por aquél entonces, Alma todavía guardaba ciertos sentimientos por otra chica, a la que solía referirse como Lola Mento Porti. Había leído el nombre en alguna parte y sintió que le calzaba a medida cuando, después de dos años de ir por ahí diciéndose “mi amor” y acurrucándose en cuanto lugar oscuro encontraban, apareció un buen día con un novio, limitándose a decir que lamentaba mucho que Alma hubiera desarrollado sentimientos hacia ella, que solo la veía y la había tratado como a una buena amiga. “Una buena amiga” se repetía Alma todavía cuando el recuerdo la asaltaba de repente, sentada en la escalera, mientras el enojo se le revolvía con la felicidad contagiosa de Vera.

“Ojalá la felicidad no fuera tan grande”, pensaba Alma sacudiéndose los restos de coraje, “para que no alcanzara en ella la convicción de tener que renunciar a la señorita Lola cada maldito día”. Pero entonces se asombraba de que su despecho, al que consideraba de buen tamaño, pudiera ser eclipsado por la presencia de Vera, que aparecía en todo el esplendor de sus veinticuatro años. Llena de energía e ideas locas que la obligaban a moverse y la llevaban a otro mundo donde no era la Alma triste y adicta al trabajo, sino una Alma sin pasado ni responsabilidades que la ataran al mundo adulto.

Alma no supo en qué momento dejó de pensar en la señorita Lola Mento Porti, pero sabía que cuando Vera llegaba, el desamor era encapsulado, como una especie de accesorio que te olvidas en la bolsa o la mochila y su rosario de “ojalás” pesaba menos.

Ahora, plantada en la sala del departamento, frente al comedor, pensaba en todos aquellos momentos en que Vera la hizo reír en los lugares y momentos más inoportunos, en los que un abrazo, un beso o un orgasmo con ella se convertían en un hueco oscuro de paz. Alma miró hacia la pared detrás del comedor, donde colgaba un enorme espejo horizontal sobre el que habían pegado decenas de corazones de latón. Corazones que Vera llevaba siempre encima porque los hacía su abuela para las fiestas religiosas de su pueblo.

I

Al igual que el rosario de “ojalás” de Alma, cada corazón de aquel espejo representaba algo que consideraban un triunfo propio o de ambas desde que estaban juntas: la noche que Vera convenció a Alma de bailar “quebraditas” en una fiesta de quince años, el día que Alma la llevó al Nevado de Toluca, la mañana en que aprendieron a cambiar los contactos quemados de la cocina viendo tutoriales en Internet. “Soy todo lo que mi familia siempre quiso y, al mismo tiempo, todo lo que desprecian y los aterra”, pensó Alma sin poder evitarlo, mirando su reflejo salpicado de corazones azules, rojos, verdes, morados y amarillos.

El sonido de una puerta cerrándose la sobresaltó mientras buscaba el pequeño corazón verde que pegaron el día en que Vera le animó a conducir por primera vez desde el departamento hasta el trabajo. Alma se apresuró a salir a la calle. No quería quedarse a solas en medio de la sala cuando Vera se marchara, así que intentó replicar por última vez un destello de lo que habían sido. Ella sentada en los peldaños, Vera alcanzándola por detrás.

La señora Enedina, viuda de Servín, siempre dijo que su bisnieta Alma no le tenía apego a nada ni nadie de la familia porque cuando nació no tomó del pecho de su madre. Todos los intentos por hacer que aceptara el pecho fueron inútiles. Alma se ahogaba, hacía gestos y lloraba. La bisabuela Enedina, que había fungido de matrona aquella madrugada porque al

médico no le dio tiempo llegar, temió que la recién nacida tuviera algún problema físico que le impidiera beber y le ofreció un poco de té en una cucharilla. Alma lo aceptó sin rechistar y se saboreó los labios.

—Mírala nada más, qué canija nos salió. ¡Qué prisa has de traer, criatura!, si todavía te faltaba un mes para nacer —dijo sorprendida pero aliviada, poniéndola en los brazos de su madre. Alma no volvió a llorar hasta que despuntó la mañana, como si hubiera sido consciente del momento en que uno de sus tíos llegó por fin con los biberones y la leche en polvo.

—Pero ni así se salvó del mal de los Servín. Ya lo traía en la sangre, no necesitaba mamarlo —decía la bisabuela para ella y para quien quisiera escucharla siempre que tenía ocasión.

No era que Enedina no quisiera a su bisnieta, pero el odio que la niña mostraba por los vestidos y su necesidad de jugar en los establos o los corrales había decepcionado profundamente a la vieja señora de la casa, que esperaba convertirla en “toda una señorita” como lo había hecho en su momento con la madre de la pequeña.

Los comportamientos rebeldes de la niña la convencieron de que sufría una especie de variación del llamado “mal de los Servín” y cuando Alma decidió dejar la casa familiar para estudiar la universidad en otro estado, Enedina lo consideró la prueba definitiva de su diagnóstico.

El día que la joven partió, todas las mujeres de la familia fueron a despedirla en la estación de autobuses. Desde la ven-

tanilla, Alma vio cómo la bisabuela dejaba caer la cabeza con pesar sobre su mano izquierda, llena de arrugas y temblorosa a sus 90 años, mientras su mamá y sus tías más jóvenes empujaban la silla de ruedas rumbo a la salida. En el andén solo se quedó su abuela Dolores echándole la bendición una vez más. Dolores tampoco había sido nunca del agrado de la señora Enedina, que siempre la consideró indigna porque venía de una familia modesta. Solo había estudiado la primaria, no era de piel blanca como los Servín y, en última instancia, le había arrebatado a su hijo favorito.

Quizá por eso mismo Alma quería más a la abuela Dolores que a la bisabuela Enedina. Habían formado entre las dos una especie de frente común. Donde la anciana pretendía reafirmar su supremacía, ellas encontraban la manera de crear una burbuja de autonomía. Si la bisabuela ordenaba un guiso picante y condimentado, la abuela se encargaba de que hubiera algo diferente para Alma. Si Alma escuchaba que Enedina hablaba mal de Dolores, ella vengaba la afrenta desapareciendo su libro de oraciones o sus lentes. “Ay, chatita mía, mi niña”, le decía Dolores cuando la atrapaba escondiendo el breviario en algún lugar de la cocina.

—“Adiós, mamá Dolores”, pensó Alma mirándola a los ojos y repitiendo en voz baja para sí, los versos que cada mañana la había escuchado cantar en la cocina durante diecisiete años:

¿Quién te mostrará el camino largo?

Ese camino pa' Sao Tomé.

Si tú me escribes, te escribiré.

Si tú me olvidas te olvidaré.

Cuando Alma perdió de vista el andén, se hundió en el asiento del autobús, pensando en eso que la bisabuela llamaba “el mal de los Servín” y que había afectado a todos los primogénitos de cinco generaciones antes de ella. “Vaya manera de arruinarme el día”, pensó Alma que solo quería disfrutar el hecho de ser la primera de su familia en dejar aquella pequeña ciudad del sur.

“Soy la primera”, se repitió. La primera en hacer algo por decisión propia y no por las circunstancias fortuitas de la vida que la habían hecho el resultado de una larga línea de primogenituras ligadas al apellido Servín. Su árbol genealógico se cerraba en un asfixiante círculo; pues por parte de su madre descendía del primer hijo de un pequeño terrateniente llamado Antonio Servín, mientras que su padre descendía de la segunda hija, para terminar pronto, los padres de Alma eran primos en algún grado. Dicha particularidad habría quedado en una anécdota familiar de las que se olvidan con el tiempo, si no hubiera sido por el hecho de que Alma era además una hija ilegítima. Llevaba el apellido Servín —con cierto orgullo, debía reconocer— porque su madre no había tenido otra opción que registrarla como hija natural. Su nacimiento había roto la

honorabilidad transmitida con tanto esmero de generación en generación. Vaya pecado para alguien que había crecido en una ciudad pequeña donde las buenas costumbres pesan.

Los varones que habían preservado el apellido Servín eran recordados como honorables, serios, trabajadores. “Hechos de una sola pieza”, solía decirse, con la única mala suerte de haber sufrido “el mal” en algún momento de su vida. Esto a diferencia de la rama menor de los Servín, que habían perdido el apellido y que no tenían historias extrañas en sus biografías. Alma nunca había visto “el mal” irrumpiendo, pero conocía las historias de lo que les había pasado a sus ancestros maternos.

Todos los primogénitos habían caído en algún momento de su vida en una especie de enfermedad que los dejaba en los huesos: incapaces de salir de la cama, había que hacerlos comer a la fuerza, se ofrecían misas para su recuperación y solo quedaba esperar al momento en que, una mañana, les regresaran las fuerzas. Por ejemplo, de su bisabuelo que había sido alcalde, se contaba que cayó enfermo tras encontrar a su mejor amigo colgado en un paraje. El hombre había asesinado a su esposa y durante diez días un grupo de vecinos organizados por el bisabuelo le dio caza en las cuevas y barrancas de la zona, como si de un animal se tratara. Luego de este incidente, el bisabuelo renunció a la presidencia municipal y desapareció un par de años, durante los cuales se convirtió en una especie de boxeador de poca monta que iba de feria en feria, hasta el día que regresó a casa y cayó en cama dos meses.

A su abuelo le pasó algo similar, cuando tenía 16 años vio a su padre morir ahogado mientras comía en la fiesta del santo patrón. Nadie supo en qué momento hizo las maletas para marcharse con los braceros. Regresó diez años después, tan enfermo, que casi lo dieron por muerto. Incluso la madre de Alma había sufrido el mal, al punto que la bisabuela la había llevado a vivir con ella en plena crisis, esperando que con sus cuidados se recuperara. Fue más o menos en ese entonces cuando descubrieron que estaba embarazada.

Alma siempre se habría preguntado cuándo caería ella también víctima del mal y, si acaso, la sangre de la rama menor de los Servín de la que descendía su padre, sería insuficiente para salvarla de la maldición.

II

—¿Recuerdas el día que te toqué por primera vez?— le preguntó Vera una mañana entre las sábanas, mientras escuchaban la lluvia caer en la ventana—. Te encogiste como un animalito lastimado—. La besó con suavidad en la nariz y Alma se aferró a ella, con la frente escondida en su pecho.

—Todo el cuerpo me dolía...— recordó suspirando.

—Creo que hasta las cejas —se río Vera, divertida—. Y ahora, me pides que por favor te muerda.

Alma gruñó divertida. Había pasado poco más de un año, pero recordaba con lujo de detalle la tarde en que Vera le

puso por primera vez una mano encima. Ambas trabajaban en aquél entonces en la misma oficina de gobierno, Vera tenía 23 años, acababa de salir de la universidad y había tomado un primer empleo como capturista mientras encontraba algo relacionado con su carrera. Alma ya había cumplido los 29 años y era jefa de departamento. Llevaban un par de meses trabajando juntas cuando Vera entró al cubículo de Alma para pedirle prestado un informe del año anterior. En un momento le puso la mano sobre el hombro y Alma brincó como si le hubiera dado un calambre.

—¡Qué tensa estás! —dijo Vera con sorpresa—. Estás llena de nudos— y procedió a masajear los hombros, provocando que Alma se encogiera de un repentino dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás lastimada?

—No. No hagas eso, por favor —le pidió Alma con el dolor todavía en la cara, intentando zafarse, pero el espacio era reducido.

—Es la tensión —dijo Vera—. Si me dejas un momen...

—No te molestes.

Vera no la escuchó y volvió a sujetar sus hombros. Alma apretó los dientes, los brazos, la espalda y el cuello. Mientras unas lágrimas le brotaban sin que pudiera explicar por qué. En el reflejo del cristal, sus ojos se encontraron y Vera se detuvo.

—Perdón —dijo con cierta sorpresa—. ¿Te estoy lastimando?

—No te preocupes...

Alma se levantó de la silla tocándose el cuello.

—¿Es el trabajo o es algo más? —volvió a preguntar Vera. Alma la miró malhumorada—. Disculpa, no quiero ser invasiva, es solo que siempre te veo ocupada y encerrada trabajando. Si necesitas algo, no dudes en decírmelo, ¿vale?

Alma no supo qué responder.

—¿Puedo darte un abrazo? —inquirió Vera de repente. Era común encontrarse a Vera repartiendo abrazos entre la gente, era el tipo de persona alegre, expresiva y amable que se relaciona fácilmente con los demás. No la había tratado mucho más allá del trabajo, pero tampoco le repelía como Teresita, la secretaria de más antigüedad, que se sentaba afuera de su oficina y que siempre tenía una opinión para todo, un juicio para todo y un comentario impertinente para todo.

Alma aceptó el abrazo contrariada, se dijo a sí misma que al mal paso darle prisa. No quería parecer grosera. La terapeuta le había hecho prometer que intentaría ser más receptiva con las personas y no rechazar tajantemente lo que pareciera un gesto sincero de amabilidad.

Se preparó para un abrazo incómodo, rápido y sin mayor relevancia, pero Vera la sujetó con una suavidad inesperada y Alma sintió como si sus cuerpos hubieran encajado igual que la esquina de un rompecabezas y la pieza siguiente cuando empiezas a armarlo. Tuvo que admitir que el abrazo se sentía sincero, sin segundas intenciones, sin nada que le incomodara. Era incluso reconfortante.

—Gracias —dijo con honestidad y suspiró liberando la tensión. Por primera vez, desde que trabajaban juntas, Alma le sostuvo la mirada a Vera cuyas manos bajaron lentamente desde sus hombros hasta tomarla por la punta de los dedos.

—De nada —respondió—. Y de verdad, si estás así por el trabajo, trata de tomártelo con calma. Sé que tienes muchas responsabilidades, pero tampoco te lo tomes tan en serio. Las personas a las que realmente debería importarles no lo hacen —dijo con una sonrisa—. Además, si uno se la vive serio, se arruga. Y las arrugas que salen del estrés son peor que las que salen por reír. Las de risa se curvan hacia arriba, pero las de estrés se cuelgan hacia abajo.

Las dos rieron un momento, pero entonces, Alma se soltó al notar que llevaba más de dos segundos mirándola a los ojos y se apartó.

—Bueno —dijo Vera— yo solo venía por el informe.

—Claro. Está en la mesa junto a la puerta. Tómalo.

Vera fingió un saludo militar y se dirigió a la salida, donde tomó el informe que buscaba. Alma la observó marcharse y no pudo negar la extraña sensación de paz que la invadía. Como si de pronto no hubiera nada por lo cual sintiera que debía estar alerta, como si la sensación de peligro inminente que la acompañaba hubiera desaparecido en aquel abrazo. Por un momento hasta se olvidó de su rosario de “ojalás”. A partir de aquel día, Vera tomó la costumbre de pasar por su cubículo en algún momento del día para preguntarle cómo estaba o si

necesitaba algo. Mientras le cuestionaba sobre los pendientes del día, le daba un suave y discreto masaje en los hombros y la nuca. A veces, se agachaba para mirar lo que Alma hacía en la computadora, la rodeaba con sus brazos pegando su mejilla a la suya. No sabía por qué, pero el contacto con Vera la reconfortaba. No debería hacer esto, pensó Alma el día en que se descubrió espiando a Vera a través del cristal, preguntándose cuánto faltaría para que se acercara y la abrazara al menos. Sabía lo peligroso que era continuar esa dinámica, pensaba que Vera solo era una niña traviesa. La había visto coqueteando con un arquitecto del segundo piso y estaba convencida que lo suyo era un juego cuya motivación no podía explicar. Alma no la favorecía de algún modo en la oficina, no le concedía permisos especiales, no le había cambiado el horario, mucho menos le disminuyó la carga laboral. Ciertamente es que Vera tampoco le había pedido nada de aquello. Aun así, Alma guardaba sus reservas. No estaba enamorada, pero sabía que era fácil engancharse con alguien así. ¿Debería intentar algo más con ella? ¿Cómo reaccionaría Vera? Seguramente se asustaría, diría que se había confundido, que era una intensa y lo negaría todo, como la señorita Lola Mento Porti.

Vera alzó en ese momento la mirada, como si hubiera escuchado los pensamientos de Alma y, sin darle tiempo a disimular, le mandó un beso desde el otro lado de la oficina. Alma sintió un vacío en la boca del estómago, desvió los ojos, azorada, pero en ese movimiento se encontró de frente con

Teresita, la secretaria, que también estaba pasmada al otro lado del cristal.

El rostro equino de Teresita viajó desde Alma a Vera, que sonreía divertida, y regresó como si mirara en cámara lenta la trayectoria de una pelota en un juego de tenis. Alma fingió que buscaba entre los papeles de su escritorio, pero era demasiado tarde, la habían visto confundida y sonrojada. Se sentó, giró su silla hacia la pared y cerró los ojos, recriminando el ridículo que había hecho. En ese momento sintió a Vera abrazándola por la espalda con suavidad y pegando sus labios a su oído derecho.

—No te estás imaginando cosas —le dijo con calma, antes de besarla rápido cerca de la boca. —Solo quería dejarlo en claro.

Alma sintió como si hubiera bajado un escalón sin darse cuenta. Después de aquella declaración de intenciones, intentó por todos los medios ignorar el deseo. Cerró la puerta de su oficina, la evitó en los pasillos, le dirigió la palabra para lo más indispensable. Y, aun así, la noche que chocaron en la entrada de la pequeña cocina común, cuando Alma pensó que ya era la única en el edificio, no pudo ignorar las advertencias del sentido común al sentir el cuerpo de Vera cerca del suyo.

La besó y se dejó besar con fuerza y desesperación, con hambre. Hasta que escucharon los pasos del vigilante nocturno y Vera le dio un tirón para esconderse en un hueco que quedaba entre el refrigerador y la pared, tapándole la boca con una mano. Alma le lanzó una mirada recriminadora. ¿De qué servía que le

hubiera tapado la boca, si Alma tenía una mano metida en el pantalón de Vera? ¿Cómo iban a explicarle eso al vigilante? Vera pareció entender lo ridículo de su situación y ambas tuvieron que cerrar los ojos para aguantar la risa. Desde su escondite, escucharon al vigilante quejarse de tener que apagar todas las luces olvidadas, lo vieron tocar el apagador y retirarse sin siquiera cruzar el umbral de la puerta. Ambas respiraron aliviadas en la oscuridad.

Alma no volvió a preguntarse nada sobre su vínculo con Vera. Había demasiados asuntos en la oficina como para inquietarse por algo que solo le quitaba algunos momentos al día, cuando Vera la sonsacaba para ir a la pequeña bodega detrás de la cocina o al hueco de las escaleras de emergencia. Sabía que no era la única persona con la que salía. En varias ocasiones la encontró en la puerta del edificio con el arquitecto y los tres se saludaban con singular amabilidad. ¿Sabía el arquitecto que cuando Vera no estaba con él, estaba con ella? ¿Y por qué Alma no sentía celos cuando ocurría lo contrario? No era que a Vera no le importara, al contrario, le habría sentado fatal que algo malo le ocurriera, pero estaba cansada de haber sentido celos por la señorita Lola Mento Porti. Vera nunca le había hecho promesas de ningún estilo y como las cosas funcionaban bien así, mientras eso continuara, no había motivo para preguntas existenciales.

A Vera, por su parte, parecían divertirle los riesgos de que las encontraran en el baño, la bodega o el hueco de las escaleras,

pero especialmente la cara que ponía Teresita cuando se iba a comer y las veía quedarse solas en la oficina.

—Vamos a espantar a la señora —decía Vera con desparpajo y le mordía la oreja ante la mirada horrorizada de Teresita, que salía pitando tan rápido como su edad lo permitía.

—Eres terrible —le reprochaba Alma—. ¿No ves que está chapada a la antigua?

—Ay, por favor, tiene cinco hijos. Quién sabe qué cosas habrá hecho y se viene a asustar porque dos mujeres se besan.

Durante un año, todo continuó como de costumbre, incluso después de que Vera encontrara otro trabajo y Alma tuviera que presentar su renuncia a la dependencia por el habitual cambio de gobierno. Con el tiempo, Alma tuvo que reconocer su cariño por esa chica que la hacía reír con un comentario sucio e inesperado en la cama, que le había desafiado, que le animaba a tomar riesgos y no le hacía sentir culpable por perder la paciencia o enojarse cuando algo no le salía bien. Por ella, que le recordaba cómo respirar de nuevo antes de volver a intentar algo y que nunca la había puesto en un pedestal, porque sabía que casi siempre tenía miedo de algo.

Le encantaba que Vera también durmiera poco y soñara mucho. Había encontrado un trabajo que le fascinaba y se le daba tan natural que era un placer verla estudiando para resolver algún tema o descubriendo cosas nuevas. Durante los últimos meses que Alma tuvo trabajo, habían adquirido la costumbre de ayudarse mutuamente. Alma le ayudaba por las ma-

ñanas con algunos reportes básicos y Vera le devolvía el favor por la tarde, mientras la dejaba tomar una siesta o simplemente descansar la vista.

Era una rutina que las hacía pasar más tiempo juntas, a veces en completo silencio. Alma se preguntó un par de veces si sería lo correcto, si no estaban construyendo una especie de intimidad peligrosa. Pero luego, cuando pasó a estar desempleada y de tiempo completo en casa, veía a Vera absorta en algún estudio, elaborando algún proyecto, y la ternura la llevaba a ignorar las preguntas, a servirle un café, un bocadillo, hasta que por fin dejaba de trabajar.

Alma regresó de aquellos recuerdos que habían acumulado durante el año que llevaban juntas y, separándose un poco, le dijo sin pensarlo más:

—Te amo.

Vera abrió sus ojos ya de por sí grandes y la miró con cierto temor.

—No te asustes —le dijo a Vera sonriendo—. No significa algo malo. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, ni que vengas a vivir aquí o que te comprometas a algo.

—¿Entonces?

—Es mi manera de decirte que me alegra que existas en este mundo y que podamos coincidir.

Vera la observó largo y tendido.

—Entonces, ¿no vas a sacar una copia de tu llave y me la vas a entregar?

Alma se rió con ganas.

—No. Te lo prometo. No necesito nada más. No voy a perderte algo que tú no quieras darme.

—¿Tampoco vas a empezar a ponerte celosa porque salga con otra persona?

—¿Él te hace feliz? —preguntó Alma recordando al arquitecto del segundo piso.

—Me gusta.

—¿Yo te gusto?

—Te quiero.

Alma suspiró. Aquella mañana lluviosa disfrutaba la feliz libertad de no tener que trabajar. Hacía dos semanas que estaba desempleada y contaba con suficiente dinero como para vivir sin preocupaciones varios meses. Por eso habían decidido aprovechar que Vera estaba de vacaciones, para pasar la noche y la mañana juntas sin que nada las distrajera.

Alma la besó con suavidad y esmero, buscando en ese beso algún rastro de indecisión, de culpa, incluso de rechazo, cualquier cosa que le pareciera sospechosa, pero sonrió al no encontrar nada extraño, nada que pudiera arrebatarse la felicidad de ese momento.

—No tengo nada para ofrecerte —le dijo—. Al menos nada de lo que tradicionalmente se le ofrece a otra persona. No tengo un proyecto de vida, una familia a la cual presentarte para comer los fines de semana. Ni siquiera tengo un empleo en este instante. Lo cual es muy inusual en mí—. Miró las uñas

de Vera arañando suavemente su pecho y sintió que podía seguir hablando con honestidad—. Siempre he tratado de ser o tener algo. Un trabajo, una actividad. Algo que sea una referencia para cuando la gente diga mi nombre. Pero cuanto más he tenido, menos suficiente me he sentido para otras personas. Debo confesar que para mí es una grata sorpresa que ahora, cuando menos claridad tengo sobre mi vida, haya alguien que quiere estar a mi lado. Siempre odié no sentirme suficiente para otras personas. Siempre sentí que lo que era y lo que hacía, no bastaba para que alguien me quisiera.

—Yo te quiero —dijo Vera en voz baja.

—Contigo siento que no importa cuán rota esté. Que siempre soy digna de cariño.

Esta vez fue Vera quien la besó, con más fuerza, con más seguridad.

—¿No te enojas si no te digo ahora mismo que te amo?

Alma volvió a sonreír.

—No —dijo—. Me nació decírtelo en este momento, pero no necesito escucharlo de vuelta. Entiendo que, para ti, decirlo significa otra cosa. No te preocupes. Nada ha cambiado. ¿Te molesta que lo haya dicho? ¿Prefieres que no vuelva a hacerlo?

Vera negó con la cabeza.

—Es solo que nadie me lo había dicho así antes. Ya sé que contigo las palabras funcionan de otra manera o, mejor dicho, funcionan como debería ser. Siento que cuando dices algo, lo dices de verdad. No necesito preguntarme si es

verdad o si es mentira—. Hizo una pausa en la que solo se miraron a los ojos—. Y pensar que hace un año no querías contarme nada de tu vida.

Vera le abrió los brazos y Alma volvió a ellos, pero aún no había terminado de hablar.

—No sé si sea correcto decirlo. Pero amo este espacio que hemos creado entre nosotras, en el que no interfieren ni mi pasado ni tu presente. Cómo funciona, no lo sé. Tampoco quiero averiguarlo. Me basta con lo que es. Yo solo sé que amo tus bromas, tus fotos subidas de tono, tus “te quiero” salidos de la nada y cada vez que me mandas un mensaje de audio cuando escuchas mi canción favorita en el lugar en el que estés.

—Si un día ya no te sientes igual sobre mí, ¿me lo dirás? ¿Me dirás si un día ya no me amas? —preguntó Vera jugando con el cabello corto y negro de Alma.

—Te lo prometo —dijo Alma y ambas se volvieron a dormir.

III

—Uno debe hacerse amigo de los hijos, para que tengan la confianza de contarte lo que les pasa, ¿verdad? Si no, cómo nos enteramos cuando necesitan algo, ¿o no?

Alma levantó la mirada de la revista que estaba hojeando y se giró levemente al sentirse aludida por la pregunta de su madre, Muriel, que se encontraba aquella mañana de domingo

hablando con la vecina por encima de los arbustos que dividían las propiedades.

—Claro —dijo Alma mirando a las dos mujeres solo un segundo, sonriendo brevemente y volviendo a su revista.

Se preguntó si de verdad su madre pensaba eso, pero tampoco se sintió culpable por dejarla en el error.

Ahí estaba Alma, en el amplio y verdísimo jardín de su madre, sentada en una de las pesadas sillas del comedor artesanal, bajo la sombra de los guayabos y los nísperos. Mientras, Muriel, quitaba la maleza de las rosas y platicaba con la vecina. Hacerse amigos de los hijos. Enterarse cuando están mal, repitió en su cabeza. ¿Qué sabía su madre de su vida?, se preguntó. Hacía trece años que había dejado la casa familiar. Nada sabía desde entonces su madre sobre su vida en una ciudad distinta, de su curiosidad que a veces rozó la imprudencia por explorar de madrugada, de su paso por antros oscuros de barandales pegajosos y balcones precarios, de cuando probó la marihuana, de la noche que tomó demasiado whiskey, aunque no le gustara, solo porque quería entender la fascinación de sus amigos estudiantes de Filosofía. Tampoco sabía que, después de quedarse sin empleo por primera vez, había pasado dos meses en depresión, navegando en Internet con la televisión de fondo en un canal que pasaba shows de reconstrucción o compraventa de casas, matando el hambre con arroz cocido en agua y canela y tacos de carne de dudosa procedencia. Estuvo tan deprimida, que creyó que por fin la había atacado la enfermedad de su familia. Su madre no

se enteró de la primera vez que se enamoró de un fotógrafo que no sentía lo mismo y al que olvidó en los brazos de una mujer en una fiesta de cumpleaños donde ninguna conocía al festejado. Mucho menos podía saber de la señorita Lola Mento Porti.

Qué podía saber de la tensión en la que vivía Alma tratando de sobrevivir en sus trabajos, asumiendo el papel de persona segura, tranquila, confiable. Muriel ignoraba todas las noches que Alma despertaba a las dos de la mañana en punto, escuchando una voz en su cabeza que le decía: te vas a morir, te vas a morir. Jamás le había contado que la desesperación la hacía salir de casa, cruzar la calle rumbo al puente y pasar por encima del pequeño muro que daba hacia las traveses desnudas que cubrían parte del bajo puente. Alma se quedaba ahí de pie, inmóvil, incapaz de lanzarse por su cuenta y preguntándose si acaso esa noche la suerte le haría el favor. Pero nunca pasó ni una cosa ni otra, el viento dejaba de correr y Alma terminaba por sentarse sobre la última travesa, contando las lámparas y los árboles cercanos, pensando en su abuela Dolores, fallecida poco después de aquella tarde en que se despidieron en el andén. La abuela Dolores, que cantaba en la cocina “si tú me escribes, te escribiré, si tú me olvidas, te olvidaré”. Dolores, que siempre le decía que cuando terminara de estudiar, se irían de viaje juntas y cruzarían el país, de frontera a frontera.

No, su madre no sabía nada de todo eso. Como tampoco sabía que llevaba dos meses sin su flamante trabajo en una oficina de gobierno y que sobrevivía austeramente con un suel-

do mínimo como editora en un periódico digital, escribiendo nota roja al por mayor bajo un pseudónimo. ¿Qué pensaría si le dijera que se acostaba con una chica de 24 años a la que había conocido en su antiguo trabajo y que esa chica dormía también con un arquitecto de aquella misma oficina? Alma pasó la página con absoluta calma, mirando las imágenes de osos polares en el reportaje reciclado de la *National Geographic*.

¿Por qué nunca se los has dicho? Preguntó una voz impertinente en su cabeza. ¿Es por miedo a que te rechacen?

Alma levantó la vista hacia las plantas por un momento, preguntándose si era miedo o la simple certeza de que esos detalles eran cosas que a su familia no le interesaba compartir. Trató de recordar cuándo fue la última vez que vio a su madre ser cariñosa con el hombre con el que se había casado 25 años antes. No tenía imagen alguna en su cabeza. Pensó en sus tías, en sus tíos. Nada. Pensó en su abuela Dolores, que no tenía empacho en ser cariñosa con sus nietas y nietos, pero que con sus hijos siempre fue dura y seca, a veces incluso cruel, pero cuya muerte trastocó toda la vida familiar al punto que nadie había logrado enderezar su vida al cien por ciento después de eso.

Se preguntó si alguna vez si todos ellos habrían sentido la paz que ella experimentaba cuando dormía con Vera, si alguna vez habían tenido un deseo que los devorara por dentro y los arrastrara lejos de lo que se suponía que debían ser. No, seguramente no, convino consigo misma, aunque sabía que estaba siendo injusta, y bebió tranquilamente su café antes de que se enfriara.

IV

Un día, al regresar de una cena con amigos, Alma encontró a Vera dormida en la cama, sintió el desconcierto de quien recibe un regalo inesperado y se preguntó si debían colocar un corazón más en el espejo. Dejó su abrigo con cuidado en la silla al pie de la cama y la miró en silencio. Dormía con los audífonos puestos y el celular junto a la almohada. Supuso que se le había hecho tarde en algún bar, como otras veces, y había preferido quedarse ahí en lugar de arriesgarse intentando llegar a casa de su abuela.

¿Era eso lo que quería? Se preguntó Alma. Aquello estaba fuera de todos los límites que habían establecido. Llegar sin avisar. Quedarse a dormir sin haber tenido sexo. Quedarse a dormir. Sin embargo, no se sentía molesta.

Vera no se despertó hasta que sintió a Alma meterse en la cama junto a ella.

—Perdona —dijo Alma— no quería despertarte.

—Usé la llave que dejás escondida en el marco de la ventana. Intenté avisarte, pero no entraban las llamadas a tu celular —respondió Vera sentándose en la cama y tratando de quitarse los restos de sueño.

—Me quedé sin batería. ¿Se te hizo tarde para ir a casa de tu abuela?

El rostro de Vera se entristeció de repente.

—En realidad —hizo una pausa— tuvimos que internar a mi abuela. Su hígado volvió a fallar.

—Quédate las noches que necesites y, si en algo te puedo ayudar, dímelo. —respondió Alma acomodándose en la almohada.

—Gracias.

Vera se acomodó frente a ella. Alma casi podía tocar la incertidumbre que la carcomía. Sus ojos, siempre risueños y vivaces, parecían extraviados, su sonrisa estaba torcida, como un cuadro mal colocado.

—¿Es grave?

—Sí. Tengo miedo. Otras veces ha estado mal, pero ahora, no sé. Quiero creer que estará bien.

—Rezaremos para que así sea.

—Tú no rezas —dijo Vera levantando la ceja, incrédula.

—Rezaré contigo, si para ti es importante —respondió Alma deslizándose el dedo índice por la nariz de Vera, que suspiró.

Vera podía tener una vida poco convencional, pero amaba por encima de todo a su abuela. La mujer la había criado después de que su madre la dejara para irse a Estados Unidos, donde vivía de ilegal y sin mucha suerte en California desde hacía dos décadas.

A Vera le gustaba ayudar a su abuela a hacer sus corazones de colores, acompañarla a misa y usar un rebozo en la cabeza como ella, ir juntas al Carnaval y ver las “guerritas” que siempre terminaban con algún amputado por un accidente con los mosquetes.

—¿Crees que rezar sirva de algo? —le preguntó a Alma.

—Cuando nada es seguro, todo es posible.

De nada sirvieron los rezos, los medicamentos ni los huecos entre las posibilidades y la estadística. Tras dos semanas hospitalizada, la abuela de Vera, murió. Alma pudo ver el momento en que la vida de Vera se resquebrajó en aquel pasillo de hospital, cuando sus tíos le dieron la noticia. No se le murió una abuela, sino una madre. Había crecido a su lado, todo lo bueno que conocía de la vida vino de ella y ahora ya no estaba.

No quiso entrar a la habitación del hospital, se quedó abrazada a Alma en el pasillo, ante la mirada acusadora de sus tíos, llorando en silencio. Por primera vez desde que compartían la cama, Alma sintió la verdadera fragilidad de Vera entre sus brazos.

—Ya sé que tú no crees que haya algo más después de la muerte, pero —Vera miró a Alma con sus ojos llenos de anhelo—. ¿Podrías creer esta noche, por mí? ¿Podrías? —repetió en una especie de súplica mientras le tomaba los dedos de la mano.

Alma la besó, más que creyendo, deseando que fuera verdad lo que decía, que después de esta vida las personas, ellas, pudieran reencontrarse en otro sitio, de una manera que se mezclaran como el café y la leche por la mañana, donde se reconocieran más allá de los rasgos y los gestos, donde pudieran ser, para siempre, como en ese preciso instante y ella no volviera a sentir miedo de ser como antes de Vera.

Tras el funeral, Vera recogió algunas cosas que había acumulado en el departamento de Alma mientras su abuela estaba

enferma. Prácticamente se había mudado y, aunque Alma dijo que no le molestaba, respondió que no era así como había querido pasar tiempo con ella. Se acababan de dar un beso rápido en la mejilla y se tomaban de las manos cuando la madre de Alma apareció en un taxi. Se soltaron de inmediato, pero algo en la mirada de Muriel, les hizo saber que había comprendido lo suficiente. Vera se despidió con rapidez y aprovechó para tomar el mismo taxi.

—¿Quién era? —le preguntó Muriel cuando entraron al departamento.

—Vera. Trabajábamos juntas.

—Pero, ¡qué le hiciste al espejo! —gritó Muriel con una mueca de espanto al ver el espejo lleno de corazones de colores-. ¿Para qué le has puesto todo eso? Era tan bonito cuando estaba limpio. Me estresa de solo mirarlo.

Alma no respondió y pasó de largo para colocar la maleta en el cuarto de visitas.

—¿Qué haces en la casa a esta hora? ¿No deberías estar en la oficina? Es viernes —le preguntó su madre.

—Me tomé un día para atender algunos pendientes.

—¿Me recibes, entonces, o busco un hotel?

—Estás en tu casa —dijo Alma y ambas percibieron la amargada resignación en su voz.

Su madre pasó los siguientes dos días hablando de la vecina, que intentaba venderle una parcela de terreno que colindaba con la casa familiar.

—Tiene un buen frente hacia la calle, podrías construir dos locales y una casa al fondo. Una papelería y una farmacia serían buenos negocios, pero lo primero es construir una barda, tiene que ser alta y muy sólida.

—¿Por qué no se lo compras tú? A mí me parece demasiado caro y no me sirve —respondió Alma sin intentar siquiera disimular el hartazgo. Su madre apretó los labios y la miró incrédula. Cuando Alma era adolescente solían discutir mucho, pero en los últimos años habían logrado un acuerdo de paz: Muriel hablaba y se quejaba, mientras Alma guardaba silencio evitando cualquier expresión que implicara un juicio de valor.

—Si tuviera el dinero, lo haría, pero he gastado mucho este año. Tus tíos han estado enfermos, les tuve que prestar y contratar jornaleros para las cosechas del abuelo.

—Dile que te espere y cuando ellos te paguen —dijo Alma antes de ser interrumpida.

—Sabes que no me van a pagar.

—Qué pena.

—Podrías prestarme para dar un enganche, firmar un contrato de compraventa, y te voy pagando poco a poco.

—No tengo dinero para prestarte.

—¿Qué pasó con tus ahorros? Yo le pregunté a mi amiga, la que trabaja en el banco, me dio tu saldo la última vez que me pediste hacer un depósito y tenías bastante.

Alma exhaló impaciente. Típico de su madre. Esa amiga de la que hablaba no tenía empacho alguno en revisar las cuentas

de los hijos de Muriel cada vez que se lo pedía, no parecía ver ningún problema moral en que una madre estuviera al pendiente del dinero de sus hijos. Alma se levantó del comedor y fue a lavar unas tazas, no iba a decirle que le había prestado una fuerte suma a Vera para la hospitalización de su abuela y los boletos de avión de su madre y sus dos hermanos pequeños que viajaron desde California para el funeral. No podía decirle tampoco que otra parte de esos ahorros se los había gastado durante los dos meses que llevaba sin empleo formal.

—Compré equipo para el trabajo y he tenido otros gastos en reparaciones del departamento.

—Es que no es posible que no tengas ahorros suficientes después de todos estos años trabajando en el gobierno —le recriminó Muriel—. Ahora podrías comprar el terreno y empezar a construir o ¿dónde vas a vivir cuando regreses a la casa?

—¿Y quién te dijo que yo quiero regresar?

—Allá está tu familia, tu gente. Quedamos en que solo venías a estudiar y te regresabas. Yo necesito que regreses. Alguien tiene que ayudarme a sembrar como le gusta a tu abuelo y también quiero poner un negocio que de verdad rinda. Tus tíos no me ayudan para nada y tus hermanos están estudiando.

Alma rió ante lo que escuchaba. Recordó cuando era una niña intentando aprender e involucrarse en lo que hacía el abuelo. Le gustaba seguirlo entre los campos, llevarle el agua y la comida, acompañarlo en la noche para abrir y cerrar las zanjas de riego, clasificar las cosechas según su calidad y vigi-

lar cómo las camionetas sacaban las cajas o costales, rumbo a las centrales de abasto y los mercados. Pero esas no eran cosas para ella, le decían todos. Ella tenía que estudiar y dejarle esas tareas a los hombres que se harían cargo en el futuro, cuando el abuelo no estuviera. Solo que esos hombres del futuro nunca estuvieron listos y cuando el abuelo envejeció y no pudo seguir haciéndose cargo de las cosas, ellos ya pasaban la vida de mujer en mujer, dejando hijos en ciudades distintas, perdidos cada fin de semana en el alcohol, esperando a que el abuelo muriera para repartirse las hectáreas, venderlas y continuar como si nada.

—¿No es lo que siempre quisiste? —le preguntó su madre con impaciencia -. Cuando estabas chiquita siempre decías que querías trabajar con el abuelo, pues ahora es el momento. Ya me dijo que va a dejarme la mayor parte, porque sus otros hijos no van a dar el ancho. Me entregará las escrituras más rápido si ve que hay alguien más que me ayude.

Cuántas veces Alma se había imaginado que un día el abuelo le llamaba para decirle que por fin había entendido que solo ella amaba esos campos tanto como él y que, rejuvenecido por la esperanza, echaban a andar de nuevo las tierras, contrataban agrónomos, peones y las hacían recuperar su vieja prosperidad. Pero los años habían pasado y Alma ya no era la niña de cinco años que le contaba las canas a su abuelo, sentados bajo un mezquite. Ya no le gritaba “papá, papá” desde el otro lado de las zanjas para avisarle que le habían llevado la comida o que se ponía su sombrero e imitaba su forma de pararse entre los surcos.

El día que la madre de Alma se casó, el sacerdote que ofició la misa le preguntó si no estaba contenta de que “por fin hubieran solucionado su problema”, que ya no tendría que llamar papá a su abuelo, porque ahora ya tenía uno propio. En su inocencia de cinco años, se lo contó a su abuelo y algo se rompió entre ellos. No recordaba cuándo fue la última vez que lo siguió entre los campos, solo sabía que, desde aquella tarde, el abuelo no volvió a dejarla que le contara las canas. Alma estaba segura de que ahí se había empezado a formar el horrible rosario de “ojalás” que le colgaba al cuello: *ojalá* nunca le hubiera dicho nada. *Ojalá* su padre nunca hubiera abandonado a su madre y siguieran juntos. Así ella no tendría “ese problema” del que habló el sacerdote y que nunca había notado hasta ese día. *Ojalá* las cosas fueran diferentes.

—Mejor que te regreses con nosotros, a que sigas aquí haciendo quién sabe qué cosas. ¿Con quién te estarás gastando tu dinero? No me vayas a salir con que estás manteniendo a algún novio escondido por ahí, o a alguna amiguita muy viva como tus tíos —soslayó su madre con veneno y fue la gota que derramó el vaso.

—No —dijo Alma en un tono de voz seco y grave, con el dedo índice levantado frente a la cara de su madre —no vas a cuestionar mis decisiones de vida, porque yo no cuestiono las tuyas —añadió lentamente. Jamás había estado tan segura de algo. —No tienes derecho a criticarme. Hice todo lo que quisieron, estudié, fui una alumna modelo, jamás les di problemas, me construí una vida a base de esfuerzo y trabajo, como se su-

pone que debíamos ser todos en la familia. Soy completamente independiente y responsable de mí. De todos, fui la única idiota que se tragó el cuento de ser autosuficiente. ¿Y ahora quieres que renuncie a todo lo que soy porque nadie más está dispuesto a mover su vida? No. No voy a comprar ni a construir una casa junto a ti. No voy a volver.

—Estás mal —dijo su madre horrorizada —seguramente es el mal que te está afectando, por eso no te das cuenta de las cosas. Pero se te va a pasar. A todos se nos pasa. Nos da un ataque de locura, hacemos cosas sin sentido y luego sanamos, con el tiempo. Lo que sea que te pase con esa muchachita, se acabará y, cuando recuperes la cordura, volverás a casa con nosotros para hacerte cargo de lo que te corresponde. Volverás a ser quien eras antes de venir aquí, volverás a ser una Servín, como todos.

Muriel se marchó esa misma tarde, envuelta en su chal de indignación y coraje, pero dejó tras de sí toda la amargura de la familia Servín embarrada en cada rincón del departamento.

Fue como si una montaña de lodo entrara por la puerta principal, las ventanas y el hueco del lavadero. Alma se apretó la cara y comenzó a pensar en sus opciones. No podía permitirse que el chantaje de su madre funcionara. Debía encontrar un trabajo que le permitiera recuperar su nivel de ingresos pronto, ocuparse en algo. No soportaba la idea de caer tan bajo como tener que regresar a casa de su madre en algún punto, pero al mismo tiempo solo quería descansar de las obligaciones

de un empleo. Había pasado los últimos cinco años trabajando sin tomar más descanso que los días de asueto obligatorio. Su cuerpo había estado funcionando a la máxima capacidad y ahora que por fin se estaba desintoxicando, se resistía a retomar la rutina tan pronto.

Esa noche volvió a despertar a las dos de la mañana en punto, con la vieja voz que le decía “te vas a morir” y, por primera vez, la reconoció, fuerte, clara, como solía sonar en la cocina de la casa familiar. Era la voz de su abuela Dolores.

Alma gruñó y lanzó la lámpara de la mesita de noche. Se sujetó la cabeza con las manos, temiendo que su mente se fugara. Finalmente se levantó, se puso un abrigo y salió del departamento hacia el puente. Brincó el barandal y avanzó sobre la última trabe. Esperó. La suerte debía tomar una decisión aquella noche o lo haría ella. Mientras esperaba, la voz de Vera la atravesó de lado a lado. Se giró a la izquierda y la vio parada al otro lado del barandal, con los ojos muy abiertos, aterrada.

Alma se sintió avergonzada. Le hizo una seña con la mano, intentando tranquilizarla y se movió despacio hasta la orilla, donde Vera la sujetó con fuerza de la manga.

—¿Qué carajos estás haciendo? —le gritó.

—Nada.

—Vámonos. Hay que entrar a la casa.

Vera le ayudó a pasar por encima del barandal, entraron al departamento y se sentaron en el comedor un rato, sin decir nada, hasta que se armó de valor para hablar.

—¿Ibas a...?

Alma negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Perdóname, nunca quise que vieras eso —dijo con una pausa.

—Si no hubiera venido por casualidad

—Cualquier cosa que pasara, hubiera sido cosa de la suerte.

—¿Suerte? —Vera levantó la voz, indignada—. No es la primera vez que haces esto, ¿verdad? ¿Cuántas veces has ido por ahí de madrugada, probando a ver hasta cuándo te acompañaba la suerte?

Alma bajó la cabeza. Vera se pasó las manos por el rostro, armándose de paciencia.

—¿Por qué quieres hacerte daño?

—No quiero— Alma pasó de su calma avergonzada, a la desesperación—. A veces no sé por qué estoy viva. No sé si debería seguir en este mundo y entonces salgo a caminar y me quedo ahí, de pie. Si fuera mi momento de morir, bastaría un resbalón, una corriente de aire y se acabaría, pero no se acaba, no se acaba... supongo que es porque debo seguir aquí.

Vera guardó silencio unos minutos.

—Entonces, ¿sólo vas y te sientas ahí a ver si un día te caes y te matas?

Alma la miró de reojo mientras se arañaba el labio inferior con los dedos.

—Estoy bien— dijo.

El rostro de Vera reflejaba sin lugar a duda que no estaba de acuerdo con eso.

IV

El mal de los Servín cayó finalmente sobre Alma esa noche. Escalofríos, fiebre, fatiga y vómitos la postraron en la cama durante casi un mes. Vera se empeñó en llevarla con un par de médicos al principio, pero ninguno pudo darle un diagnóstico certero ni un medicamento que le aliviara los síntomas. “Es el mal, es el mal”, repetía Alma entre fiebres, mientras Vera le colocaba paños húmedos en el cuerpo.

Vera llegó a pensar que estaba recuperando las fuerzas, porque la veía levantarse de madrugada, sin tambalearse, pero solo era el impulso del delirio que le provocaba la voz de su abuela Dolores repitiéndole que se iba a morir. La primera vez que le ocurrió, tomó a Vera por sorpresa y no se dio cuenta de lo que estaba pasando hasta que la vio salir por la puerta y correr por la calle hacia el puente. Fue tras ella y logró sujetarla a tiempo, tras el barandal, y pudo hacerla volver despacio hasta la casa. La escena se repitió varias noches. Vera había intentado detenerla, pero solo forcejeaban en la puerta durante interminables minutos, hasta que el cansancio vencía a Alma en un llanto ahogado y Vera sentía tanta pena por ella, que al final accedía a abrirle la puerta y la acompañaba al barandal. Se quedaba a su lado, sosteniéndole de una mano, mientras Alma paseaba la mirada perdida, como si tratara de reconocer algo en todo aquello y no pudiera.

—No está— dijo una noche después de un mes en esa agonía. Era la primera vez que decía algo desde que salía con Vera al puente.

—¿Qué cosa?

—No qué, quién— dijo Alma girándose hacia ella—. No está. Escucho la voz de mi abuela, pero aquí no está.

Por un momento, pareció que el viento y los sonidos quedaron suspendidos. Cuando el frío volvió a apretar, fue como si Alma hubiera salido de un trance. Notó su mano derecha aferrada al barandal y en la otra, los dedos de Vera entrelazados a los suyos, para luego mirarla a los ojos.

Vera apoyó su barbilla sobre su hombro.

—Sé que estarás bien— dijo Vera con suavidad—. No estás sola. Sé que hay cosas que te pesan y que no me corresponde a mí sanar. Pero estoy aquí. Tal vez estoy afuera de todo lo que te pasa, pero estoy contigo. Sé que solo necesitas tiempo para volver. Vuelve. Te estoy esperando. Te amo.

Alma la miró como si fuera una persona a la que volvía a encontrarse después de mucho tiempo lejos. Exhaló un suspiro y sintió el viento refrescando sus mejillas.

—Te amo— dijo también y Vera sonrió.

—Te ha regresado el color— aseguró Vera mientras dos lágrimas le caían en las mejillas.

Alma las limpió con delicadeza.

—Vamos a casa.

La mejoría fue notable después de esa noche. Alma comenzó a retomar sus actividades poco a poco y Vera quiso celebrar la

recuperación pegando un nuevo corazón, mucho más grande que los demás, en el espejo, pintado de rojo y dorado, sus colores favoritos. Sin embargo, Vera no podía evitar preocuparse cada vez que la descubría mirando fijamente algún rincón del departamento, como un animal que advierte algún peligro. Abría las ventanas al amanecer para que el aire circulara, pero sentía una presencia rancia habitando el lugar.

Una mañana en que habían hecho planes de salir a pasear después del almuerzo, se quedaron dormidas en el sofá incluso antes de que pudieran llamar un taxi para que les llevara a cualquier sitio. Alma todavía sin poder sacudirse los últimos restos de enfermedad y Vera agotada por cuidarla en medio de su propio duelo.

Cuando despertaron, se miraron mutuamente con una vergüenza que no habían conocido entre ellas y una pregunta se dibujó con claridad para las dos.

Alma se atrevió a sacar el tema primero.

—¿Qué estamos haciendo?

—Cuidarnos mutuamente.

—No, tú me estás cuidando. ¿Es esto lo que queremos?

—¿Qué quieres tú?

Alma tenía dos certezas en ese momento.

—Quiero que seas feliz, pero no creo que puedas serlo conmigo— no pudo evitar bajar la mirada ante los ojos inquisidores de Vera y se aclaró la garganta—. Eres joven, tienes muchas cosas por experimentar, vivir la vida loca de los veinte, tu arquitecto debe echarte de menos.

—No me hables como si tuvieras cincuenta años y yo veinte... y de lo otro, sabes perfectamente que no lo veo desde antes de que mi abuela enfermara.

—Ni siquiera sé que voy a hacer con mi vida.

Vera inhaló y exhaló profundamente.

—Sé que la discusión de tu mamá destapó cosas muy desagradables, que tienes miedo de no recuperarte y quieres volver a la vida que tú consideras “normal” lo más pronto posible para no caer en la tentación de regresar con tu familia. Lo sé. Por eso mismo, no creo que este sea el mejor momento para discutir sobre nosotras.

—No es una discusión. Estoy intentando ser clara.

Vera bufó y se levantó del sofá, con los brazos cruzados, dándole la espalda por unos segundos.

—Si vamos a terminar, debemos dejar en claro que no hay vuelta atrás. No habrá segundas oportunidades. No habrá arrepentimientos. Nada de “y si hubiera”. Es la única forma de sobrevivir a una ruptura. Sé que las dos podemos hacerlo. Sé que, con el tiempo, las cosas pasarán y seremos de nuevo como amigas. ¿Pero, es lo que queremos? ¿Después de lo que hemos pasado?

Alma levantó la mirada. Vera le tomó una mano.

—Un día me prometiste que, si dejabas de amarme, me lo dirías. ¿Todavía me amas?

—Sí.

—Entonces solo queda una pregunta, ¿me amas lo suficiente?
En la ventana, el sol terminó de ocultarse tras el puente.

V

A la mañana siguiente, Alma contempló a Vera mientras guardaba las últimas cosas que tenía en el departamento y pensó en cómo las primeras y las últimas veces pueden mezclarse de formas tan curiosas. Aquel día, con su maleta en mano, Vera se sentó por primera vez a su lado en las escaleras que conducían al departamento de arriba. Fue también la primera vez que Alma decidió aceptarle un cigarrillo y, además, había sido el último día que hicieron el amor. Vera la había tocado con especial ternura aquella mañana, como si en lugar de despedirse, se tratara de algo que fueran a hacer por el resto de sus vidas. Alma, por su parte, intentó grabar en su memoria cada tacto, cada sabor, cada aroma, cada sonrisa.

Sentadas en las escaleras, aceptó el cigarrillo de Vera con gusto. Combinaba con la tarde y *Roads* de Portishead que sonaba desde la ventana del vecino.

—Qué puto tino —alcanzó a decir Alma entre una bocanada y otra.

—¿Crees que un día nos arrepentiremos? —le preguntó Vera rodeando sus rodillas con los brazos para protegerse del frío.

Alma negó con la cabeza un par de veces, pero no se atrevió a mirarla. “Ojalá pudiéramos arrepentirnos”, pensó, “ella de marcharse y yo de no pedirle que se quede”. Ese era el problema con las dos. Ninguna creía en un amor único e irrepetible. Ambas

sabían que, con el tiempo, podrían encontrar a otras personas, las amarían igual o quizás incluso mejor y aquel año que habían pasado juntas sería un recuerdo dulce que atesorarían en la memoria hasta convertirse en una tierna complicidad que las haría sonreír donde se encontraran. Se saludarían como viejas amigas y se despedirían sin que nadie a su alrededor sospechara lo que hubo entre ellas.

Alma se atrevió a mirarla, sentada a su lado. Y sintió amor. Le dieron ganas de besarla para siempre en esas escaleras, de quedarse atrapadas en esa escena cruda, pero sin dolor. Recordó haberla besado tantas veces buscando las huellas de su pasado y haberse detenido, entre sorprendida y encantada, de no encontrar en esos besos las huellas o la nostalgia de otras personas. Pensó en todas las veces que ella misma se acostó con alguien intentando recrear o imaginar que estaba otra persona. Incluso aquella tarde en que Vera se marchaba, sus besos no tenían ni un maldito rastro de algo más que amor.

Se besaron una vez más, ante el morbo de los franeleros y uno que otro santurrón que bebía café en el restaurante frente a los dúplex. Un taxi se estacionó frente a las mesitas del lugar y Alma vio descender a una pareja. “Te vas a morir” repitió en su cabeza la voz de su abuela y las palabras se le atravesaron como una aguja en el corazón. Se tocó el pecho, donde sentía el peso de su viejo rosario de “ojalás”. “Te vas a morir, mi niña”, repitió su abuela y casi pudo vislumbrarla, pequeña y expectante a su lado, como la había visto aquella última tarde en la terminal de

autobuses. “Te vas a morir... y si ella se marcha, ¿quién te mostrará el camino largo, mi niña? ¿quién?”.

El taxi que esperaban llegó en ese momento, pero siguió de largo hasta casi la esquina de la calle. Vera se incorporó y le hizo una seña con la mano para que regresara. El taxista respondió también sacudiendo una mano por la ventana. Alma se sintió como el día en que probó la marihuana y el tiempo se le estiró como un chicle que se alarga hasta el infinito. El rosario, abuela, el rosario, pensó Alma con la mano aferrada al pecho. No puedo, pesa mucho.

“No hay ojalá ni hubiera que valgan en la vida, mi niña, una vez que se haya ido, no habrá más. No la conviertas en un misterio más de tu rosario, cuando ella te ha llenado de corazones el espejo”, dijo la abuela.

El taxi comenzó a retroceder, mientras Vera se agachaba para tomar su maleta.

Alma se encontró a sí misma escudriñando sus sentimientos como quien contempla una pintura que no entiende. Vera era lo mejor que le había pasado en la vida y aun así no sentía miedo de dejarla, de perderla o de verla con alguien más. Porque, a pesar de todo, la amaba. Estaba segura de eso. Se lo dijo tantas veces convencida de que era su única verdad. La amaba.

La pregunta era si la amaba lo suficiente, le había cuestionado Vera. La respuesta era sí. Lo suficiente para cualquier cosa. Para quedarse con ella o para decirle adiós. ¿Pero quería decirle adiós?

El taxi llegó finalmente frente a ellas y Vera se sacudió el polvo del pantalón, lista para marcharse.

Alma volvió a tocarse el pecho, buscando su rosario de “ojalás”. Ya no estaba. Como si se hubiera tratado de un objeto verdadero que pierdes en medio de algún alboroto, el peso del rosario imaginario se había esfumado.

—Vera— la llamó con la voz ahogada por la emoción—. No te vayas.



丰—平

Café Atlántico

Jorge Rodríguez

*Les effluves de rhum dans ta voix,
me font tourner la tête
Ave Cesaria, Stromae*

Llegué a San Vicente en medio de una de esas tormentas que más que mojar golpean con fuerza al cuerpo. Al bajar de la embarcación la lluvia hacía difícil cualquier tarea, incluida la de buscar a Nabil. Alguien que apenas conocía de nombre, pero quien aparentemente tenía una idea más clara de mí pues al reconocermelo se acercó saludando en un inglés que apenas entendí. Me arrebató la maleta y me condujo a un vehículo descapotado al que la lluvia sacudía más que a nosotros. El camino transcurrió en silencio hasta que le pregunté a Nabil si hablaba español, él se limitó a responder asintiendo con un gesto incómodo. Llegamos a una cabaña guarecida por varios árboles a la que se le empezaban a botar los clavos, Nabil bajó mi maleta, me dio acceso a la cabaña y me entregó un sobre grueso que contenía los papeles que iba a emplear más tarde. Le iba a invitar a pasar cuando me dio la espalda, caminó con prisa mientras se alejaba hacia el vehículo diciendo en español que volvería más tarde.

Entré a la cabaña y me sentí en calma. Dentro no se escuchaba el golpeteo de la lluvia y la temperatura era por demás agradable, no se encerraba el calor. Quise acostarme y reposar un poco, pero al entrar en la habitación vi un recado pegado al

espejo de la cómoda. “La cita con el señor Essam es a las siete en el Café Atlántico, pasaré por ti media hora antes. Nabil”, miré el reloj, eran las cuatro. Dormir era un lujo, primero porque podía no despertarme y debía esperar a Nabil, y segundo, porque pensé que el *jet lag* me mantendría sin una pizca de sueño más tarde.

Me instalé en la mesa de la cocina, encontré un poco de carne y agua en una heladera. Tenía la opción del ron que traía en la maleta, pero preferí enfocarme en el contenido del sobre que dejó Nabil y reservar el ron. El sobre guardaba un álbum de fotos, tres cartas y un diario. Comencé por las cartas, la primera que abrí llegó a San Vicente cuatro semanas antes que yo, la firmaba mi abuelo y anticipaba mi llegada. Pedía que estuvieran listos todos los detalles previos a mi visita y que se me dieran las facilidades para el asunto que venía a resolver; yo me enteré de dicho asunto dos semanas después de llegar a este lugar. La segunda carta también la firmaba él, pero estaba fechada cuarenta y cinco años atrás, dos días después de su cumpleaños treinta y cinco. Lamentaba todos los años de silencio y el haber dejado a los suyos; para entonces yo no había nacido. La última carta la había firmado un hombre que yo no conocía, estaba fechada cincuenta y cinco años atrás en la fecha del cumpleaños veinticinco de mi abuelo. El hombre le decía que lamentaba haberle echado y el negarle la familia que dejó atrás; era el padre de mi abuelo y mi abuelo tenía en ese punto mi edad, tardó diez años en responder esa carta.

El álbum lo había visto en uno de los libreros de la casa de mi abuelo, pero mi curiosidad nunca me motivó a tomarlo y mucho menos a abrirlo. Estaba desgastado, contenía cerca de trescientas fotos, todas tenían anotaciones al pie con nombres de personas, lugares y fechas, también estaba suelta una hoja en la que alguien dibujó un árbol genealógico al cual le fueron poniendo los nombres de los retratados. El diario estaba dividido en dos partes, una le correspondía al padre de mi abuelo, no tenía su firma, pero era la misma letra; la otra también estaba dividida, aunque más bien mezclada. Había partes escritas por una letra que me resultaba desconocida, otras eran obra del puño y letra de mi abuelo. En ese punto me vi obligado a parar, me sentía mareado y fui a la tarja a devolver la carne.

Al poco rato llegó Nabil y me pidió disculpas por lo de la carne, como no acostumbraba comerla había olvidado meterla antes a la heladera y se había puesto mala. Apenas terminó de excusarse dijo que debíamos darnos prisa para llegar al café. Fui a la habitación, dejé encima de la cama el contenido, las cartas y fotografías y elegí algo que me abrigara sin sofocarme, también saqué la botella de ron y la escondí en el interior del abrigo. Todavía tenía el gusto de la carne mala y pensé que sería bueno para mí. Al subir al vehículo, Nabil me preguntó si había revisado el sobre, le dije que sí. La lluvia había aminorado y el abrigo comenzó a ser una carga; al quitármelo, la botella se deslizó a mis pies y Nabil la vio. Me miró con seriedad y dijo que no debía haberla llevado conmigo. Le dije que no

tenía que preocuparse, la necesitaba para compensarme por la náusea que me dio de la carne mala.

Llegamos a otra cabaña, a diferencia de las que había visto en el camino, esta tenía dos pisos y ventanas a lo largo de las paredes y, por encima de la puerta de entrada, un viejo letrero de luces fundidas decía Café Atlántico. Nabil me pidió que dejara la botella, yo me negué. Insistió argumentando que entrar al Atlántico con una botella de licor equivalía a un insulto, pues ahí solo acostumbran servir bebidas apropiadas. Lo fulminé con la mirada y me dispuse a entrar, él se interpuso y me dijo que primero debía ver si nuestro anfitrión ya estaba adentro, se lo permití. Minutos después Nabil volvía indicándome la entrada y diciendo:

—El señor Essam espera.

El Café Atlántico tenía una atmósfera particular, se sentía como si hace mucho hubieran albergado celebraciones importantes y esperasen a que estas se repitieran de un momento a otro. La luz era tenue a propósito y las mesas estaban adornadas como si en cualquier instante fueran a ofrecer un banquete. Además de la plataforma en la que los músicos debían tomar lugar ante el público, el Atlántico destacaba por tener conectada a la cocina una barra en la que nadie servía o bebía.

Apenas reparaba en que el único hombre del lugar ocupaba sitio frente a la barra, cuando este se volvió hacia mí y me saludó inclinando la cabeza. Interrumpiendo a Nabil le cedió su lugar en la barra y se presentó por su nombre tendiéndome la mano

—Soy el señor Essam.

Me acompañó hasta una mesa apartada donde apenas nos sentamos, preguntó en tono más diplomático que personal por mi viaje y por cómo iban las cosas luego de la muerte de mi abuelo. Procuré responder en el mismo tono, tras escucharme hizo un gesto llamando a un camarero, quien acercó tres bandejas. El señor Essam se puso de pie y dispuso una bandeja para mí y otra para él. La bandeja restante era para Nabil. En cuanto el camarero se alejó, él me pidió que empezara a comer, aunque parecía dispuesto a comenzar un monólogo. El camarero regresaba con una botella y un juego de vasos. El señor Essam pidió que de ser posible nadie más entrara al Atlántico, y que nada más interrumpiera.

Hasta ese momento, reparé en que el silencio del Café Atlántico contrastaba con la sensación propia de una celebración a punto de recibir invitados y no como producto de la falta de comensales y de la parquedad de los empleados. El señor Essam pareció sentirse más cómodo para hablar, me preguntó si había revisado el contenido del sobre. Le contesté que no había tenido mucha oportunidad de leer el diario y me miró con cierta incredulidad. Pareció reconsiderar lo que iba a plantear y me preguntó si conocía la razón por la cual mi abuelo me había hecho ir allí tras su muerte, le respondí que no pero que comenzaba a intuir algo por el contenido de las cartas. Nuevamente pareció desconfiar de mi respuesta e hizo otra pausa durante la que reconsideró sus siguientes palabras.

Dejó pasar unos segundos y me sirvió de la bebida. Me miró convencido de lo que iba a decir. Comenzó rectificando que hubiera leído las cartas, asegurando que quizá yo me había enterado de que mi abuelo era de San Vicente hasta que leí las cartas que Nabil me entregó. Asentí. Luego dijo que a causa de un conflicto con su familia se había ido de allí quedándose sin muchas opciones de volver. Yo respondí que eso lo había deducido al leer la única carta que mi abuelo había recibido. El señor Essam me preguntó si ya sabía quien era el hombre que le envió esa carta a mi abuelo, a lo que contesté que sí, que era su padre.

La respuesta pareció satisfacerlo y siguió diciéndome que el padre de mi abuelo había hecho un intento por hacer que él regresara a San Vicente, mismo que se había frustrado por el hecho de que mi abuelo no mostró mucho interés por resarcir su falta. En ese momento no pude contenerme más, interrumpí al señor Essam, quería saber cuál había sido la falta de mi abuelo. Él me miró un tanto molesto pidiéndome que no lo interrumpiera, me preguntó por la forma en que yo percibía San Vicente. Le dije que para mí era un lugar tanto viejo como monótono. Me miró con gesto de desagrado y dijo que ese tipo de percepciones habían generado la expulsión de mi abuelo, pues él mostraba un interés particular que a la gente de allí no le parecía sano. Yo miré desafiante al señor Essam y le pregunté quien había expulsado a mi abuelo de San Vicente. En la carta de su padre daba a entender que había sido una situación

entre ellos, sin embargo, lo dicho por el señor Essam parecía indicar que había más implicados.

Como la molestia permanecía en el semblante del señor Essam le dejé responder. Él volvió a tomar su tiempo y dijo con cierto aire de superioridad, que mi abuelo había sido expulsado por su padre, a causa de los señalamientos que las personas de San Vicente hicieron sobre su persona y su inexplicable gusto por festejarse a sí mismo. Y agregó con un tono aún más presuntuoso, que tal expulsión no había sido la única y quizá tampoco la última. Me detuve a pensar un poco en la respuesta que le daría al señor Essam. La petición implícita de mi abuelo comenzaba a verse comprometida, si yo no encontraba la manera de negociar lo que en este punto sabía que necesitaba pedirle.

La cosa era muy simple, semanas antes de morir, mi abuelo me había llamado para hablar, la conversación fue como todas las que tuve con él, aunque quizá más significativa que cualquier otra que hubiéramos sostenido. Consciente de su inminente partida, se sinceró sobre un anhelo que para él era irrealizable y para mí un tanto incomprensible. Me pedía hacer un viaje que le devolvería lo que una vez perdió. Con el transcurso del viaje, la lectura de los documentos y la entrevista con el señor Essam, entendí que el deseo de mi abuelo era regresar a San Vicente para su descanso, pero la resistencia del señor Essam no permitiría que mi abuelo regresara tan fácilmente, o al menos, no hasta convencerse de que mi abuelo estuviera

arrepentido de ser cómo era. Era una cuestión que yo sabía nunca habría sido posible y sobre la cual mi abuelo no me habría permitido mentir.

El señor Essam me vio fijamente, como adivinando en cierta medida mis pensamientos. Rompió el silencio al decirme que si tenía que pensar mucho las cosas era porque mis intenciones eran claras, pero no mis medios. Solo pude verle a los ojos y decirle que no tenía una respuesta clara, porque desconocía muchas cosas y tenía encima un viaje que había sido pesado. El señor Essam llamó a Nabil y cuando él llegó, le dijo que hablaríamos en otro momento, aseguró que era descortés hacerme mantener una conversación que no estaba en condiciones de tener y que me ayudara a descubrir las cosas que me faltaba entender.

Luego de despedirnos, el señor Essam nos dijo que volvíamos al día siguiente. Nabil me guio ya que la oscuridad de afuera y la fina luz del Café Atlántico apenas dejaban ver el camino entre sus mesas y sillas. Una vez en el vehículo, Nabil me pidió que no volviera a sacar la botella de ron de mi maleta y que no la abriera hasta que hubiera dejado San Vicente en la embarcación. Yo asentí y le agradecí por su recomendación. En el fondo él sabía que haber llevado esa botella conmigo me iba a permitir enfatizarle al señor Essam la defensa al derecho de descanso que mi abuelo tenía en San Vicente.

Cuando llegamos a la cabaña la cabeza me pesaba y el cuerpo me dolía. La ropa húmeda, las deducciones hechas a partir de las cartas y la conversación con el señor Essam eran las causan-

tes de estas molestias. Nabil pareció adivinar esto y me sugirió que tomara un baño. Teníamos mucho trabajo por hacer. Entendí que su intención era ayudarme y acepté su consejo, tomé un baño y al estar más cómodo fui a la cocina a buscar comida, pues no había logrado probar bocado en el Atlántico, donde la náusea no había pasado. Allí estaba Nabil, la mesa estaba dispuesta con dos sillas, cubiertos, platos y vasos, al verme retiró los platos de la mesa y se dirigió a la parrilla en la que se calentaba la comida; mientras servía los alimentos dijo.

—Ven, siéntate.

Hice caso en seguida, mi plato tenía arroz, verduras y un pedazo de carne, el suyo apenas contenía arroz. Comimos rápido, él por la prisa que parecía tener para hablar, yo por el hambre genuina que se me había despertado con el baño. Apenas vio que terminé mi plato, retiró ambos y trajo un recipiente con agua dulce, preguntó si me sentía mejor, le dije que sí y agradecí. El hambre evitó que me percatara de los documentos que traía, abrió primero el álbum de fotos, sacando de éste la hoja en la que alguien había dibujado el árbol que tenía anotados los nombres de los retratos contenidos en el álbum. Desdobló el árbol y lo giró hacia mí para que pudiera verlo de frente. Rasgó el sobre y comenzó a bosquejar y emborronar cosas sobre ambos pliegos de papel, cuando terminó los acomodó por separado arriba del dibujo del árbol.

Comenzó hablándome sobre mi abuelo. Había tenido otros cinco hermanos, tres hombres y dos mujeres, de los seis ningun-

no estaba vivo; a cada uno lo ubicó en el árbol junto a sus respectivas parejas e hijos, pues todos tuvieron descendencia. Me reveló nuestro parentesco, él fue el primer nieto del hermano menor de mi abuelo; después nos ubicó en las ramas superiores, las cuales había bosquejado en los pliegos que agregó al dibujo del árbol. Dijo que sólo la familia de mi abuelo había crecido lejos de San Vicente, ignorando todo lo que nos unía a este sitio. En silencio se dedicó a hojear el álbum, hasta que encontró la fotografía que buscaba.

—De todos los que nacieron y crecieron lejos de aquí, tú eres el que más se le parece—, dijo mostrándome una foto del padre de mi abuelo—. Cuando bajaste de la embarcación supe por qué te había mandado, no quise involucrarme porque ignoraba si él te lo había dicho, pero en vista de lo que pasó con el señor Essam creo que no puedes negar que necesitas ayuda. Sé muy bien que no vas a negar la identidad de tu abuelo, porque sería como negar la tuya, pero si vas a defender eso, necesitas saber que a nosotros nos duele que él haya atendido el llamado a celebrarse con superficialidades y que eso se los haya enseñado a ustedes—. Se interrumpió como esperando una respuesta o quizá una discusión, yo se la negué. Siguió. —El diario lo empezó su padre, nuestro bisabuelo, en este se explicaba a sí mismo por qué su hijo le había salido así. Luego se lo mandó y tu abuelo lo continuó, él solo se culpaba por haberse dejado guiar por ese llamado a celebrarse. Luego lo regresó para que nuestro bisabuelo lo leyera, él ya había muerto

y yo lo continué, escribí cuestionándoles a los que nacieron lejos de aquí el por qué siguieron esos pasos.

Me miró esperando una respuesta, ya no una confrontación; yo le pedí que me dejara descansar, ya no quería seguir hablando. Accedí, a cambio me pidió que al día siguiente le tuviera una explicación al señor Essam que le devolviera a mi abuelo el derecho a descansar junto a los suyos. Le dije que la tendría, y que esa misma explicación también acabaría con el dolor que él sentía por los motivos que nos llevaron a mi abuelo y a nosotros, a vivir una vida celebrándonos lejos de ellos. Nabil me lanzó una mirada entre furiosa e incrédula, respiró profundamente y me pidió que no me burlara de él. Le respondí que yo también necesitaba esa explicación luego de descubrir un parentesco que dos semanas antes no sabía que tenía y mucho menos que existía.

Al día siguiente dormí hasta muy tarde y cuando desperté Nabil no estaba. Al poco rato llegó y se encerró en la cocina, cuando salió me llamó a comer, esta vez el plato solo tenía arroz y el agua se limitó a un vaso para cada quien. Cuando acabó la comida me dijo que tenía dos horas para alistarme, pues luego me llevaría con el señor Essam. Tomé un baño y me alisté para la entrevista, después hice mi maleta y sin avisar, tomé el vehículo de Nabil siguiendo la ruta hacia el embarcadero, a donde me dirigí para confirmar mi salida de San Vicente esa misma noche. Cuando volví, Nabil me esperaba fuera de la cabaña sujetando mi maleta y el abrigo con gesto impaciente y molesto;

le pedí una disculpa por tomar su vehículo, pero él solo me desplazó del sitio del conductor y subió de mala gana aventando la maleta y tendiéndome el abrigo. Comenzaba a llover.

Cuando llegamos al Atlántico ninguno de los dos se bajó del vehículo, yo saqué de la maleta la botella de ron mientras Nabil se disponía a decirme algo.

—Sé que es difícil, pero sólo quiero pedirte que no nos involucremos con tus explicaciones, ya hemos tenido mucho con el estigma de tener en la familia a alguien como tu abuelo.

Lo interrumpí con la pregunta más descortés que se me pudo haber ocurrido: ¿Y por qué me estás ayudando?

Me vio con disgusto y respondió.

—Porque así lo habrían querido los viejos.

Él se bajó del vehículo y entró al Atlántico para buscar al señor Essam, quien ya se encontraba allí, a los pocos minutos Nabil estaba de regreso diciendo con relativa sequedad —El señor Essam espera.

Entré al Atlántico con la impresión de que el señor Essam me esperaba con un ánimo muy distinto al del día anterior, razón por la cual decidí no volver a permitirle lo que para mí había sido una serie de falsas cortesías. Confirmé que su disposición iba a ser menos favorecedora que en la víspera, cuando lo vi ocupando el mismo asiento en el que Nabil y yo lo habíamos dejado, en vez del sitio frente a la barra del cual se despegó cuando nos encontramos una noche antes. Además de eso, fijó su mirada en la mano con la que yo sostenía la botella de ron,

iba a disimular su juicio levantándose para ofrecerme el asiento cuando le pedí que no se levantara. No estaba dispuesto a conversar nuevamente en sus términos.

A diferencia de la noche previa, ningún camarero se acercó, parecía incluso que no había nadie en el Atlántico, porque ni siquiera Nabil ocupó el sitio en la barra que el señor Essam le había dado la noche previa. Opté por interpretar esto como una señal de que podía ser todo lo frontal que pudiera ser con el señor Essam y tomé la iniciativa de la conversación ofreciéndole un trago de ron. Lo rechazó con gesto ofendido y preguntando si yo iba a tomar uno. Le respondí que lo tomaría más adelante y le pregunté si tenía algo que decirme, él negó con la cabeza y se quedó callado, quieto esperando mi respuesta.

Le dije que las cosas me parecían simples si ambos considerábamos estar enterados de las cosas que pensábamos respectivamente, él asintió y yo seguí la conversación según el rumbo que creí conveniente seguir.

—En primer lugar, me gustaría decirle que, hasta hace apenas dos semanas, no tenía idea de que San Vicente tuviera algo que ver conmigo, con mi abuelo, con su familia y con su muerte. Lo que me ha involucrado en una serie de cuestiones que para mí son, además de desconocidas, muy ajenas en el sentido de que entender y respetar, para mí no significan aceptar.

El señor Essam hizo un gesto reprobatorio, pero se limitó a decir que comprendía mi posición.

—Creo, señor Essam, que mi visita a San Vicente, además de breve debe ser concreta. Y debe saber que no he venido a pedir que perdonen a mi abuelo, por pensar que tenía derecho a celebrarse tal y como él lo hizo durante su vida, porque eso sería un insulto a su memoria y también a mi identidad. Sin embargo, voy a decirle que he venido a San Vicente para que me permitan traer los restos de mi abuelo, porque deseo que repose junto a los suyos, pues además de ser su voluntad, es su derecho.

El señor Essam me miró con desdén y me lanzó una pregunta que fue por demás hiriente.

—¿Piensa usted que voy a permitir el regreso de su abuelo faltando a una costumbre nuestra, solo porque alguien como usted me lo pide, argumentando un derecho al que su mismo abuelo renunció con su actitud?

La sangre me hirvió, traté de contenerme, no podía echarme para atrás ahora que había sido tan claro.

—El tema, señor Essam, es que esta costumbre de la que usted tanto parece enorgullecerse, es la misma que no le permite ver que hay cosas por las que sí vale la pena enorgullecerse y celebrarse, pues dicha celebración no viene de la superficialidad de un individuo, sino el momento en el que nos detenemos a reconocer el camino que hemos seguido junto a los nuestros, para alcanzar algo que nos da identidad a todos. Y aunque a ustedes esto no les guste, deberían detenerse a considerar si desterrar y negar a quien busca devolverse eso a sí mismo, es lo que necesitan.

El señor Essam me vio fijamente y dijo que aceptar ideas así, era equivalente a permitir que de nuevo alguien más les arrebatara parte de su identidad. Con esto me desarmó, pues la situación ya tenía un trasfondo más serio y complejo, sin embargo, yo seguía convencido de que podía lograr algo.

—Pienso que su cautela tiene mucho sentido, pero si lo considera con calma, no le estoy pidiendo que cambie totalmente su postura o que me deje quedarme aquí. Solo quiero que mi abuelo descanse junto a los suyos y que, su descanso, le permita celebrarse a sí mismo y a la identidad que tanto lo liga con este lugar, porque considero que, de una u otra forma, él supo ir a recuperar esa parte de identidad allá a donde se la llevaron quienes se la quitaron. Sé que esto sería importante para ustedes. Lo noté cuando Nabil me explicó las cosas que yo no había entendido, a pesar de no estar convencido de las formas de mi abuelo, él piensa que los viejos habrían querido que mi abuelo descansara junto a ellos como muestra del perdón y reconocimiento que llegaron a otorgarle en vida.

Luego de un silencio, el señor Essam me preguntó por qué razón llevaba conmigo la botella de ron. Asumí que lo había llevado a donde quería, mi respuesta se limitó a hacerle ver que la botella era un elemento con el que yo suelo ofrendar mi reconocimiento a alguien que no está presente, por su relevancia y notoriedad. El señor Essam me vio fijamente y llamó en voz alta a Nabil. Él entró al Atlántico y se acercó al señor Essam, quien le manifestó su desacuerdo por mostrar interés en el

asunto que yo había venido a tratar, no obstante, le preguntó algo que definió el rumbo de aquella entrevista.

—¿Qué piensas de la superficialidad de las personas que se celebran a sí mismas con tanta vehemencia y constancia?

Nabil me miró a los ojos y devolvió su atención a la respuesta que iba a dar. Se tomó unos segundos más y suspiró.

—No creo que creo que sea nuestro deber darles entrada a nuestra vida, pero lo creo porque las cosas que llegué a escuchar de mi abuelo y mi bisabuelo siempre me hicieron sentir recelo. Pienso que no todas las cosas por las cuáles ellos se celebran a sí mismos son superficiales, y si un día nos permitimos escuchar sus razones, quizá descubramos que el miedo a celebrarnos a nosotros sólo sea un miedo a algo desconocido que nos quitaron, y que quizá tenemos derecho de recuperar para no temer.

Su respuesta nos dejó mudos unos segundos que parecieron una eternidad. El señor Essam se volvió hacia mí, advertí en su gesto la negativa que iba a darme, pero no se lo permití, ya habíamos llegado muy lejos.

—Sé lo que me va a decir y no estoy dispuesto a escucharlo. Así que le voy a pedir una cosa: llévenme al lugar donde reposa la familia de mi abuelo. Después de eso me iré y no tendrán que verse involucrados más a esto.

Nabil me miró un poco desconcertado y el señor Essam se limitó a decirle a Nabil que nos llevara en su vehículo. El camino transcurrió en un silencio al que solo interrumpía la caída de la lluvia.

El vehículo se detuvo cuando llegamos a un prado delimitado por árboles que se parecían al que estaba dibujado en la hoja suelta del álbum. El señor Essam bajó del vehículo de Nabil y le hizo una seña para que ahí nos esperara, yo le dije que necesitaba de él y del álbum con los dibujos. Nabil se aproximó. El señor Essam nos condujo entre las muchas piedras que cumplían la función de lápidas. Preguntó a Nabil si ya habíamos llegado al lugar y él asintió. Le pedí a Nabil que me indicara quienes estaban allí y él se apresuró a hacerlo, resultó que allí estaba toda la ascendencia de mi abuelo, así como muchos de sus contemporáneos. Nabil me condujo a lo largo de varias hileras de piedras, las cuales señalaba una por una mientras me mostraba fotos de alguna u otra persona. Yo me guiaba por los nombres del dibujo del árbol, me sobresaltaba la idea de que mi abuelo no pudiera reposar allí. Después de un rato entendí que a la descendencia de la familia de mi abuelo sólo le quedábamos Nabil y yo.

El señor Essam se acercó cuando Nabil hubo terminado de señalar el lugar en el que descansaban los restos de todos nuestros antepasados. Supe que para el señor Essam la visita había terminado, pero yo todavía tenía un pendiente más. Hice que Nabil me llevara al lugar donde estaba el abuelo de mi abuelo, el primero en habitar San Vicente. Una vez allí le enseñé a Nabil y al señor Essam la botella de ron. Ambos me miraron con incredulidad mientras la abría. Pensé que tratarían de evitarlo, pero se quedaron inmóviles viendo lo que hacía.

—Una vieja tradición, que me había enseñado mi abuela, la mujer que no aparecía en el dibujo del árbol, dice que cuando se abre una botella de ron, el primer trago se les sirve a las personas que ya no están con nosotros. Yo no iba a faltar a esa tradición, pues para mí representa muchas cosas, se trata entonces de adaptarla a lo que la situación genuina y merecidamente nos pide.

Tras ver a los ojos al señor Essam y a Nabil, me giré y le ofrecí el primer trago al abuelo mi abuelo, tirando un poco de ron a escasos centímetros de la piedra que adornaba la cabeza de la tumba. Así continué hasta que terminé de recorrer las tumbas donde reposaban los padres y los hermanos de mi abuelo.

El señor Essam y Nabil me miraban confundidos y antes de que alguno hablara le pedí a Nabil que me indicara el lugar donde mi abuelo hubiera sido depositado en caso de no haberse ido. Él me llevó con lentitud a unos pasos de distancia y señaló un espacio en el que ninguna piedra figuraba como lapida. Yo les di la espalda a Nabil y al señor Essam y dije: sé que tu lugar debería estar aquí y no allá donde te dejé la última vez que te vi. Sé que quizá esto no es lo que esperabas o mereces, pero es lo que puedo darte sin faltar a tu memoria y a tu esencia. Me arrodillé haciendo una abertura en la tierra para meter la base de la botella, para que esta hiciera el papel de las piedras que a su vez hacían el papel de las lapidas. Me levanté y tiré casi lo último que quedaba de ron a la misma altura en que lo había hecho con las otras tumbas. Entonces me volví hacia Nabil y le dije que el poco ron que quedaba era para nosotros, le extendí la botella y

él tomó el sorbo que le correspondía. Me devolvió la botella e hice lo propio. El señor Essam me detuvo antes de terminar la botella extendiéndome su mano para que le compartiera.

Se la acerqué y él la tomó en su mano. Se detuvo a considerarlo una última vez y tras un suspiro profundo inclinó la botella vaciando el contenido en su boca. Se quedó muy quieto, negándose a devolverme la botella y apartándose del sitio donde estaba parado. Se arrodilló y él mismo puso la botella en la abertura que yo había hecho, luego la aseguró poniéndole un poco de tierra alrededor y se levantó diciéndome:

—Es hora de que lo llevemos a la embarcación.

El viaje hasta el embarcadero fue aún más silencioso que el anterior, pues ya no llovía y ni siquiera los sonidos del viento o la marea parecían llegar a nuestros oídos. Al llegar, Nabil y el señor Essam bajaron primero.

Yo quería saltar hasta la embarcación para no tener que hablar más con ellos, sentí que había fracasado. Pero Nabil me encaró y entendí que esto no sería posible, se acercó con tranquilidad y dijo que algo que me reconfortó.

- Una mujer que habitó San Vicente dijo cuando se la llevaron los contrabandistas que todos *nacimos del mismo árbol, y que aunque nuestras ramas vayan hacia distintas direcciones, por siempre nos unirán nuestras raíces*¹. Supongo que de esa forma es como ella logró regresar aquí. Ahora la he recordado, tal como tu reviviste el recuerdo de tu abuelo.

¹ Leído en la lápida de un panteón en Tecali, Puebla.

Luego me dio un abrazo que terminó por adquirir sentido cuando susurró en mi oído un “Gracias”. El señor Essam estaba bajando mi maleta, la cual me extendió. Yo la tomé y le ofrecí la mano despidiéndome. Él correspondió y justo cuando lo iba a soltar me dijo:

—Tráigalo pronto. Su lugar lo estará esperando.

Évora. Nido de cuentos ilustrados.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2024 con un tiraje de 1 000 ejemplares. El cuidado de la edición y diseño estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones de la BUAP. La impresión estuvo a cargo de Conciencia Gráfica S.A. de C.V. con domicilio en Fraccionamiento Cabañas Valsequillo L-2, Oasis, Valsequillo, Puebla, Pue., CP 72960.

